AKAL HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

31

GRECIA



LAS MONARQUIAS HELENISTICAS. I: EL EGIPTO DE LOS LAGIDAS



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

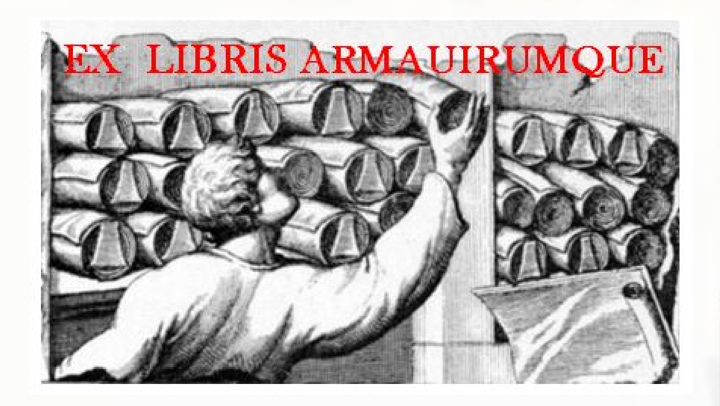
ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



GRECIA





Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M-34.763-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-433-8 (Tomo XXXI)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

Las monarquías helenísticas
I: El Egipto de los Lágidas

A. Lozano



Indice

I. Egipto en tiempo de Ptolomeo Lago

La estabilización de las diferentes monarquías o territorios nacionales resultantes de la división del vasto Imperio legado por Alejandro Magno, no fue tarea fácil ni se logró pronto. Tras el 323 a.C. es necesario esperar varias décadas, repletas de acontecimientos, para encontrar un mapa histórico definido. Todos aquellos sucesos aparecen complicados además por el intricado juego de alianzas entre los generales macedonios (*cf.* el capítulo dedicado a Alejandro Magno y sus sucesores en esta misma colección) cuyo objetivo en último término obedecía el deseo de cada uno de llevarse la mejor parte en el desmembramiento del imperio alejandrino. No vamos a entrar, por razones obvias, en la aclaración de esa maraña de sucesos históricos, remitiendo al lector al capítulo antes citado.

La porción de esta historia que ahora pretendemos examinar es, sin embargo, más sencilla, dado el contexto geográfico, muy delimitado, del país del Nilo, y las miras políticas del fundador de la dinastía Lágida, el general macedonio, amigo íntimo de Alejandro Magno desde la niñez, Ptolomeo Lago. Como es éste uno de los Diádocos, vamos sólo a exponer sumariamente las líneas más destacadas de su política para enlazar con sus sucesores, que es el periodo que pretendemos analizar.

Ya en la reunión de los generales acaecida en Babilonia tras la muerte del rey se acordó conceder a Ptolomeo la satrapía de Egipto, a la par que se decidió dar sepultura a Alejandro en el oasis de Siva, hecho que confería a Egipto y a sus dirigentes un enorme prestigio. Una vez el cuerpo en tierra egipcia, fueron modificados los planes trazados al principio, permaneciendo el cadáver en Menfis para ser enterrado años después de modo definitivo en Alejandría, según los deseos de Ptolomeo II.

1. De satrapía a monarquía: La trayectoria de Egipto hasta Ipsos

Ptolomeo Lago se dedicó enseguida a afianzar su poder personal en Egipto e incluso a aumentarlo a costa de la Cirenaica donde intervino ya en el 322 al socaire de los conflictos políticos y sociales de las ciudades griegas de aquel territorio. Sin cometer el error de anexionarse la región, se erigió en estratega, lo cual le confería *de facto* el poder sobre ella pero guardando las apariencias. También con Chipre procuró Ptolomeo estrechar relaciones ya desde comienzos de su estancia en Egipto.

Esta política de cariz independentista levantó sospechas entre los Diádoros y conllevó una temprana ruptura con Pérdicas, regente a la sazón del Imperio, sellada con el asesinato de Cleómenes de Naucratis, valedor de Pérdicas en Egipto. A comienzos del año siguiente, tuvo lugar el esperado ataque de Pérdicas reducido a la nada por el asesinato de éste.

La desaparición del regente en funciones obligó a un replanteamiento de la situación a nivel general, razón que motivó la reunión de Triparadisos, celebrada en el otoño de 321 entre todos los generales de Alejandro. El resultado fue un golpe mortal a la obra y al pensamiento alejandrino, pues confirmó la división *de facto* del imperio. Hubo una serie de acuerdos, entre los cuales podemos mencionar la atribución de la regencia a Antipatro, si bien en primera instancia el ofrecimiento se había hecho a Ptolomeo, el cual, dando pruebas de su prudencia política, la rechazó, logrando desde luego la confirmación de su poder en Egipto y Cirenaica. Sus pretensiones eran afirmar su independencia en este país, no ser el árbitro en la situación del imperio alejandrino. La antorcha del ideal unitario, empero, la recogería Antígono el Tuerto (*Monophthalmos*), encargado en la cumbre de Triparadisos de proseguir en Asia Menor la lucha contra Eumenes, aliado de Pérdicas, que había derrotado a Cráteo, y que a consecuencia de su victoria se había erigido en dueño de la región minorasiática. Sin embargo, a punto de culminar con éxito su empresa, un acontecimiento nuevo dio un giro insospechado a la situación: la muerte de Antípatro en el 319. A consecuencia de ella, se abre una crisis de enorme complejidad. Ptolomeo en el mismo año invade la satrapía de Siria-Fenicia. Conviene resaltar este hecho, pues, como muy bien señala E. Will (*Histoire politique du monde hellénistique* I, p. 41), es de la mayor trascendencia para comprender el pensamiento político del hijo de Lago: éste, en efecto, había asimilado y asumido plenamente la tradición política y estratégica de Egipto, puesto que aquella región constituía la zona de expansión por excelencia de los faraones fuera de territorio africano, dada su calidad de glacis defensivo ante cualquier amenaza procedente de Asia. A la vez, le aportaba bases navales y continentales para empresas dirigidas al Norte de Siria, Mesopotamia o Asia Menor. Respecto a la decantación de Ptolomeo en el panorama internacional subsiguiente a la mencionada desaparición de Antipatro, debemos señalar que el Lágida se alinea con los enemigos del sucesor de éste, Polipercón y su aliado Eumenes. Éste, a su vez, en 318 emprendió una campaña militar en Asia Menor y Fenicia a resultas de la cual cayeron en su poder parte de los territorios recientemente adquiridos por Ptolomeo. Sin embargo, su éxito no fue duradero. En el 316 fue entregado a Antígono por sus propios soldados y ejecutado. Con él murió el último representante fiel al pensamiento de Alejandro, pues aunque Antígono recoge de nuevo la idea unitaria, lo hace ya por su cuenta, sin consideración a los derechos del último representante de los Argéadas descendientes del rey macedonio.

La posición adquirida por Antígono significó un nuevo giro de la situación, pues conllevó que el resto de los Diádocos, exceptuado Polipercón, se unieran contra él. Tras cinco años de guerra (316-311) se concluyó un tratado de paz cuyo contenido no está del todo claro. Sus cláusulas más importantes eran las siguientes: Casandro, hijo de Antipatro, queda como *strategós* de Europa hasta la mayoría de edad de Alejandro IV —el hijo de Alejandro y Roxana—; Lisímaco conserva Tracia; Ptolomeo se queda con Egipto; a Antígono se le concede «toda Asia», donde entretanto Seleu-

co ha recuperado Babilonia, reforzando su posición en las satrapías superiores de Asia; una última cláusula consideraba, reafirmándolo, el derecho a la autonomía de las ciudades griegas, lo cual pese a su apariencia inofensiva llevaba en sí el germen de la discordia. De hecho, el imperio de Alejandro había dejado de existir pero había un hombre que aspiraba a reunir bajo su férula y sobre otras bases los cinco estados resultantes en uno solo: Antígono.

No podemos entrar en la consideración de la compleja etapa posterior, plagada de avances y retrocesos en el campo militar y político. En su transcurso se dieron algunas novedades como la adquisición de titulaturas reales por parte de Antígono y su hijo Demetrio Poliocertes en el 306 tras la victoria sobre la flota de Ptolomeo en Salamina de Chipre. Se erigían así en los auténticos sucesores de Alejandro cuya descendencia directa había sido eliminada por orden de Casandro en el 310. Pero inmediatamente, en el 305/-4, Ptolomeo primero y Casandro, Lisímaco y Seleuco después se proclamaron también reyes, adjudicándose la soberanía absoluta sobre los territorios a ellos confiados o conquistados. Habían nacido las monarquías helenísticas. De otros aspectos, solo diremos que tras los intentos efectuados por Antígono y su hijo Demetrio para extender su poder, se organizó contra ellos la resistencia de los demás con el fin de salvaguardar lo que cada uno consideraba suyo. El



Cabeza de Ptolomeo I sobre una moneda de plata

epílogo de este período está marcado por la batalla de Ipsos, en Frigia, acaecida en el 301, cuya derrota no pudo superar Antígono, quien se dio muerte a sí mismo en el mismo escenario donde fue vencido. La desaparación del general tuerto obligó a un nuevo reparto territorial: Lisímaco se anexionó Asia Menor, Seleuco la parte septentrional de Siria, Ptolomeo la meridional, o Celesiria, y Demetrio, el hijo del derrotado, conservaba bases importantes en Grecia y costa anatólica, además de una flota propia. Por lo demás, con Antigono desapareció todo intento de establecer la unidad del imperio alejandrino de modo que Ipsos marca una fecha decisiva en la historia para la sucesión de Alejandro. A la par asistimos, de hecho, al nacimiento, todavía oscuro, de la concepción moderna de Estados territoriales, sin pretensiones universalistas, en la cual cada uno aspiraba a coexistir dentro de un sistema de «equilibrio inestable» de acuerdo con sus propios intereses.

Pero, veamos cómo se desarrolló la historia de Egipto en este tiempo.

Para Ptolomeo Lago estos años fueron asimismo densos en acontecimientos desde el punto de vista de su poder en Egipto y zonas de expansión. Ya hemos descrito sumariamente cómo fueron sus tomas de posición en relación con los demás Diádocos, pero su actividad estuvo consagrada principalmente a asuntos de política nacional. Las conquistas efectuadas en Palestina y Celesiria sufrieron altibajos, cambiando tales territorios de dueño con frecuencia a lo largo de este lapso de tiempo: tras su anexión por Ptolomeo en el 319, fueron arrebatadas posteriormente por Eumenes primero y Antígono después. Mientras tanto el hijo de Lago actuaba en otras direcciones con el objetivo de afianzar su posición en el Oriente mediterráneo. Así, en Chipre. Esta isla, dadas sus peculiaridades, —derivadas de su posición geográfica y de lo heterogéneo de su población, donde fenicios y griegos eran predominantes— estaba dividida políticamente: sus diferentes regiones o distritos se hallaban gobernados por príncipes independientes, los cuales adoptaron en relación con los conflictos entre los Diádocos posturas diferenciadas, unos a favor de Antigono, otros de Ptolomeo. Este equilibrio fue precisamente el que Ptolomeo pretendió con su intervención inclinar a su favor, e imponer mayoritariamente su influencia. Lo mismo hizo con las costas meridionales de Asia Menor (Caria). También intentó sin éxito ocupar algunos puertos en Jonia. Pero lo más sobresaliente de todo fue la concertación de una alianza con Rodas destinada a tener un gran futuro, concluida, a lo que parece, ya en el 315.

Otro ámbito reclamó la atención de Ptolomeo en estos agitados años: Cirene. Allí se había producido una revuelta a consecuencia de la cual la guarnición ptolemaica había sido asediada en la ciudadela, separándose así temporalmente de la soberanía egipcia aquella región. Ptolomeo, no obstante, sofocó sin grandes problemas el foco rebelde devolviendo a Ofelas el gobierno de la Cirenaica. La paz, no obstante, duraría poco tiempo. También en Chipre hubo una revuelta de características similares propugnada por el príncipe de Kition. La intervención de Ptolomeo acabó con ella pudiendo asi a finales del 313 someter a su influencia la totalidad de la isla.

Afirmado su poder, y a instancias en buena medida de Seleuco que quería recuperar Babilonia, el dirigente egipcio se decidió a un enfrentamiento directo con Antigono para conseguir nuevamente los territorios siriopalestinos que le había arrebatado. El encuentro tuvo lugar en el 312 en Gaza, zona cuya vigilancia habia sido encomendada por Antígono a su hijo Demetrio. El resultado fue adverso para este joven, a la sazón de 20 años

de edad, y las consecuencias muy positivas sobre todo para Seleuco que pudo así actuar rápidamente en Mesopotamia e Irán, a la par que significó para Ptolomeo la anexión nuevamente de Palestina, sometiendo a su poder asimismo las ciudades fenicias. Pero estos territorios fueron perdidos de nuevo al año siguiente tras ser atacadas, en el norte de Siria, y vencidas por Demetrio las fuerzas egipcias, mientras Antígono ocupó Palestina.

Entretanto Cirene era escenario de una nueva revuelta protagonizada en esta ocasión por el propio gobernador Ofelas, cuya pretensión no era sino liberarse de la hegemonía egipcia. Dentro de esta trayectoria se explica su acercamiento posterior a Agatocles, con quien concertó en el 309 una alianza. Éste le cedería los territorios que pretendía arrebatar a Cartago en África a cambio de la parte púnica de Sicilia. Ofelas, sin embargo, moriría al año siguiente a manos de Agatocles a quien se había unido en Cartago.

Fue en esta complicada situación cuando se produjo el tratado de paz de 311 suscrito entre los generales macedonios que al menos para Ptolomeo —y también para Antígono— no significaba sino una tregua, pues no estaba dispuesto a renunciar definitivamente al dominio de las zonas que le habían sido arrebatadas.

Es así como acto seguido dieron ambos generales los pasos conducentes a apropiarse del dominio del mar que tanto Antígono como Ptolomeo necesitaban para cumplir sus proyectos. Esta pugna, cuya historia no vamos a detallar aquí, estalló abiertamente a partir del 306 y conoció algunos momentos culminantes como la derrota sufrida por Ptolomeo en Chipre a manos de Demetrio, a consecuencia de la cual Antígono y su hijo se atribuyeron la titulatura real por vez primera y la isla escaparía durante años a la preponderancia egipcia. La expedición terrestre y marítima preparada por Antígono contra Egipto tras su victoria de Chipre, fracasó rotundamente debiendo así abandonar toda pretensión de dominio sobre él. A consecuencia de ello, Ptolomeo se erigió en *basileus*, título sólo expresivo para los griegos, no comprensible, sin embargo, para los egipcios que sólo captaban en todo su significado la de faraón por ser la que se acordaba con sus tradiciones.

El paso siguiente de los Antigónidas fue neutralizar la alianza entre Rodas y Egipto. Pero, tampoco en esto tuvo éxito Antigonas quien, decidido no obstante a conseguirlo, envió a Demetrio a asediar la isla. Este famoso episodio, donde los rodios contaron con el avituallamiento de Ptolomeo, terminó en otro fracaso, viéndose obligado Antígono, en el 304 y tras un año de sitio infructuoso, a concertar un tratado por el cual los Antigónidas reconocían la libertad de la isla, hecho de la mayor trascendencia por cuanto sería clave en su trayectoria posterior.

Las pretensiones de Antígono y Demetrio quedaron definitivamente troncadas en Ipsos. Aunque de mala gana y sólo por fidelidad a su vieja amistad, Seleuco, el verdadero artífice de la victoria junto con Lisímano, consintió en la cesión a Ptolomeo de la Celesiria, ya ocupada por el rey egipcio, aunque sin renunciar por ello a sus derechos sobre esta región meridional de Siria. Sería esta la causa de las guerras sirias, manzana de la discordia durante mucho tiempo entre Lágidas y Seléucidas.

2. De Ipsos hasta la muerte de Ptolomeo I

Antes de considerar los acontecimientos externos relacionados con Egipto, conviene reflexionar sobre la suerte de Cirene. Tras el episodio ya comentado de Ofelas, esta región conoció algunos años de independencia



Relieve de estuco representando a Ptolomeo I y Berenice,
Museo de Alejandría.

hasta ser atribuida por Ptolomeo a Magas, hijo de su mujer Berenice. Posteriormente éste concebiría otros planes más ambiciosos para sí mismo, pues no solo proclamó su independencia sino que se atribuyó la titulatura real e incluso declaró la guerra a Ptolomeo II al socaire de la alianza concertada con Antíoco I, rey de Siria. Aunque ésta no dio los resultados apetecidos, Magas gobernó Cirene varias décadas, hasta el 250.

En otro orden de cosas, el mantenimiento en poder de Egipto de los territorios sirios determinó la necesidad de encontrar aliados contra las pretensiones de Seleuco. Ptolomeo I, en efecto, se acercó a Lisímaco, dueño de Asia Menor tras el reparto habido tras Ipsos. La alianza quedó sellada mediante el matrimonio de dos hijas del hijo de Lago, Arsínoe y Lisandra con Lisímaco y su heredero Agatocles.

Su enemigo potencial, Seleuco, hizo lo mismo con Demetrio Poliorcetes, dueño indiscutible del mar y, enemigo común de Ptolomeo y Lisímaco pero esta alianza, confirmada también por el matrimonio de Seleuco con Estratonice, hija de Demetrio, estaba destinada al fracaso, toda vez que tenían intereses dispares hasta el punto que Demetrio intentó una aproximación a Ptolomeo que tampoco tuvo éxito.

La muerte de Casandro en 298 a 297 abrió nuevas perspectivas por lo que al dominio de Macedonia se refería, de suerte que Demetrio se decidió a intervenir en Grecia. La ocasión fue aprovechada por Ptolomeo para arrebatarle el dominio de Chipre, actuando de manera similar Seleuco, que se apoderó de Cilicia, y Lisímaco con las ciudades jonias aún en poder del Antigónida. Por lo demás, el rey egipcio se dedicó a partir de ese momento, y siguiendo la terminología empleada por Will, a «contener» a Macedonia, política que implicaba tanto acciones de sesgo expansionista —en el Egeo y las islas— como de propaganda e influencia, en el continente griego. En este mismo marco se inserta la intervención de Ptolomeo

en favor de Pirro a quien restableció en el trono del Epiro ya desde el 298/-7, reino llamado a ser enemigo de Macedonia como el Lágida había proyectado sin duda. A la par, el rey de Egipto arrebató a Demetrio el dominio de Chipre —año 295— y en los años siguientes la hegemonía en el mar y las islas: la Confederación de los Nesiotas, propugnada por Antígono pasó entre el 291-287 a estar bajo protectorado egipcio, cambio acogido favorablemente por los insulares, cansados de las exigencias fiscales de Demetrio. Éste, finalmente —en 288— ante la presión combinada de Lisímaco y Pirro, debió huir de Macedonia, refugiándose en calidad de prisionero con Seleuco hasta su muerte, acaecida en el 283.

De la actividad desplegada por el rey egipcio en los años subsiguientes a la imposición de su hegemonía en las islas no sabemos prácticamente nada. En el 285 abdicó en favor de su hijo Ptolomeo II, muriendo dos años después. De todos modos bien fuera por sentirse ya viejo o simplemente porque no le interesaba. Ptolomeo no intervino en las tramas tejidas por otros monarcas helenísticos, singularmente Seleuco, contra Lisímaco, cuyo poder había aumentado de manera desproporcionada en los años posteriores a Ipsos. En efecto, la expansión asiática y europea de Lisímaco daba motivo de inquietud al rey egipcio, pues podía llegar a constituir una amenaza seria para los intereses de su país en el Egeo. Ptolomeo, sin embargo, prefirió conservar su amistad con Lisímaco por si hubiera lugar a una confrontación con Seleuco por la Celesiria. Es así como se mantuvo al margen de las intrigas contra aquel que, digámoslo, alcanzaron su objetivo plenamente: Seleuco invadió en el 282 Asia Menor, produciéndose el enfrentamiento entre ambos en Corupedión, cerca de Sardes, a comienzos del 281 batalla en la que Lisímaco encontró la muerte.



Retrato en bronce de Arsínoe III.
Mantua, Palazzo Ducale

II. El reinado de Ptolomeo II

Antes de pasar a analizar los actos más notorios acaecidos en este reinado conviene detenernos un instante en los cruces dinásticos habidos entre las distintas monarquías helenísticas concertados con un objetivo político y que por lo mismo tuvieron importancia para la historia egipcia.

1. Conflictos en el seno de la familia real lágida

Todos los estudiosos de la casa real egipcia están de acuerdo en su juicio sobre la personalidad del segundo de los Ptolomeos, contraponiendo el fuerte temperamento de su padre a la debilidad de este hijo de Berenice, segunda mujer de Ptolomeo I. Fue preferido al habido con Eurídice, la esposa anterior, el Ptolomeo más tarde apodado Keraunós «Rayo», el cual, cuando su madre se estableció en Mileto, permaneció en Egipto esperando la herencia paterna, aunque sin éxito. Tras el nombramiento de su medio hermano, Ptolomeo II, huyó a la corte macedonia de Lisímaco, quien, a su vez, estaba casado con Arsínoe, hija de Ptolomeo I y Berenice, hermana, pues, del ya entonces rey de Egipto, mientras que Agatocles, hijo mayor de Lisímaco, tenía como mujer a una hermana de Keraunós, Lisandra. Arsínoe, dotada de una inteligencia sobresaliente y de una personalidad fuera de lo normal, pretendió lograr para su hijo el trono macedonio. No dudó para conseguirlo en hacer matar a Agatocles tras lo cual su viuda Lisandra huyó a la corte seléucida, seguida por su hermano Keraunós. Mientras, otra hija de Lisímaco, llamada asimismo Arsínoe, fue a Egipto para casarse con Ptolomeo II.

Pero los asuntos dinásticos se complicaron todavía más por otra serie de hechos políticos. En el 281 morían los dos últimos supervivientes de la generación de Alejandro: Lisímaco en la batalla de Corupedión, cerca de Sardes, y posteriormente Seleuco. El asesinato de éste se produjo en los Dardanelos, una vez que, tras haber tomado posesión de los territorios asiáticos de su oponente, se encaminaba a Macedonia para efectuar una acción similar. Fue entonces cuando cayó víctima de su protegido Ptolomeo Keraunós, el cual aspiraba a erigirse en rey de Macedonia. Tal pretensión chocaba evidentemente con la sostenida por Arsínoe para su hijo, razón que impulsó a Keraunós a casarse con la viuda de Lisímaco y asesinar a los dos hijos habidos en aquel matrimonio. Arsínoe se refugió en el templo de Samotracia, pero la invasión gala de Grecia hizo tabla rasa de estas aspiraciones pues Keraunós murió. A la par, los acontecimientos acaecidos en Grecia —la detención de la invasión gala— representaron para

su protagonista Antígono Gonatas, hijo de Demetrio Poliorcetes, el acceso al trono.

Arsinoe, una vez excluida la posibilidad de hacer rey de Macedonia a su hijo, fue a Egipto. Pretendió entonces eliminar a la mujer de su hermano Ptolomeo II, la otra Arsínoe, con objeto de erigirse ella misma en reina: la acusó así de conspirar contra la vida de su marido. Tal denuncia significó su destierro a Coptos. A continuación la autora de la trama se casó con su hermano siguiendo una práctica habitual entre los antiguos faraones, pero que significaba un verdadero escándalo para los griegos. Se convirtieron así en realidad sus aspiraciones pues fue, en efecto, la reina de Egipto hasta su muerte.

2. Comienzos de la enemistad entre Lágidas y Seleúcidas

Las aspiraciones egipcias dentro del ámbito de la política egea donde pretendía desempeñar un papel preponderante se habían evidenciado tiempo atrás. Sin embargo, todo avance en este sentido conducía inexorablemente a una confrontación directa con los Seleúcidas, dados los intereses contrapuestos de unos y otros. De hecho, esta rivalidad estaba latente desde el ajuste territorial habido tras Ipsos cuando Seleuco cedió temporalmente a Egipto Siria meridional. Al producirse la transferencia al reino seleúcida de las propiedades asiáticas de Lisímaco y convertirse Seleuco en el dueño indiscutible de los territorios donde los Lágidas tenían sus intereses, es decir Asia Menor con las ciudades griegas del litoral, teóricamente autónomas, el enfrentamiento no podía tardar en producirse, aprovechándose para ello la primera ocasión.

Ésta no tardó en presentarse, pues también en 281, el mismo año de la muerte de Lisímaco en Corupedión, desaparecía Seleuco asesinado por su protegido Ptolomeo Keraunós. Le sucedió Antioco I que llevaba varios años como corregente, ocupado en el gobierno de las satrapías iranias, mientras su padre Seleuco actuaba en la parte occidental del Imperio. Éste había llamado a su hijo para encomendarle los asuntos de Asia, con objeto de tener las manos libres para poder encargarse de la situación en Macedonia, tornada favorable por la desaparición de Lisímaco. No pudo hacer realidad sus proyectos pues, al coincidir con las pretensiones al trono macedonio de Keraunós, éste puso fin a la vida del rey seleúcida.

Dada la experiencia de gobierno de Antíoco y el haber llevado durante años el título real, todo hacía prever que la sucesión se efectuaría sin problemas. Empero, no fue así. Aparte de la problemática de los territorios orientales a los que había consagrado los primeros años de gobierno y donde la autoridad seleúcida encontró una pronta contestación, en Occidente las mayores preocupaciones se le presentaron en la costa norte de Anatolia, al haberse erigido en reinos independientes Bitinia con Zipoites —ya en 298/-7, en vida de Seleuco— y el Ponto con Mitridates, al parecer en 281. Tuvo que lidiar además con que las tensiones independentistas de ciudades como Heraclea Póntica que junto con Bizancio, Calcedonia y otras se habían unido en la Liga del Norte. También en Anatolia occidental existía un reducto de hecho independiente, Pérgamo, si bien dada la actitud positiva de su gobernador Filetero y la ayuda siempre brindada y prestada a los Seleúcidas, éstos toleraron la situación. Poco antes de la muerte de Antíoco, no obstante, Eumenes, sucesor de Filetero se proclamó rey, consumando, así, la segregación del Imperio Seleúcida.

Todos estos problemas no pudie-

ron ser atendidos personalmente por el rey, pues Antíoco tuvo que hacer frente, tras la muerte de su padre, a la revuelta que estalló en Siria, centrada en la gran base militar de Apamea. La importancia de esta insurrección interna se magnificó al presentarse simultáneamente una ofensiva desde el exterior y que debió estar protagonizada —pese a lo difuso de las noticias— por Ptolomeo Filadelfo. Pretendía así aprovecharse de las dificultades que por todas partes se le habían presentado a Antíoco. La zona elegida es discutida. En efecto, pudo haber sido Siria, estimándose que fue precisamente en aquel momento cuando las posesiones egipcias en aquella región se ampliaron hacia el Norte, sobrepasando la línea del Eleutheros. Esto, sin embargo, dista de su seguro. Sí lo es, en cambio, el aumento del área de influencia lágida en Asia Menor: así, se concertó entonces —en 279/-8— una alianza con Mileto, a la par que se instalaron guraniciones egipcias en la isla de Samos, en las ciudades carias de Halicarnaso, Mindos, y Caunos quizá, probablemente, en otras de Licia, Panfilia y Cilicia occidental. En todo caso, es claro que Ptolomeo II aprovechó el resquicio favorable presentado por la muerte de Seleuco. Antíoco I, una vez sofocada la rebelión siria, se apresuró a firmar la paz con Filadelfo —concertada ya posiblemente en 279— de la que resultaría una supremacía litoral y marítima de Egipto. Este conflicto es el primero de la larga serie que enfrentó a Lágidas y Seleúcidas al disputarse ambos reinos el control de los territorios a los que hemos hecho ya alusión. Merecería por ello el título de Primera Guerra Siria, que se aplica, por el contrario, el acaecido pocos años después.

Los años subsiguientes contemplaron los problemas sobrevenidos a Ptolomeo por la cuestión de Cirene. Ya hemos señalado antes cómo su medio hermano Magas se había erigido en rey independiente de aquella región, permitido en principio por estar Filadelfo empeñado en los asuntos mencionados a propósito de la crisis sucesoria en la monarquía seleúcida. Magas actuó probablemente alentado por su alianza con Antíoco I, con cuya hija, Apame, se había casado, y su aspiración última era, al parecer, alzarse con el trono de Egipto. Sin embargo, cuando se había ya embarcado en la expedición hacia el país del Nilo —en torno al 275— debió volver sobre sus pasos para controlar una sublebación de nómadas. Tampoco Filadelfo pudo perseguirlo y así quedó zanjada la cuestión durante unas décadas hasta el 250, permaneciendo Magas en el trono de Cirene. Fue un período de paz entre ambos.

Nuestro conocimiento del período de hostilidades conocido como 1ª Guerra Siria es francamente deficiente de manera que todo lo relativo a ella, las motivaciones, su desarrollo y conclusión, es objeto de controversia. De hecho a no ser por el descubrimiento de un documento babilonio cuneiforme y otro egipcio jeroglífico no sabríamos nada de ella.

El temor de Filadelfo a un ataque de Antíoco I —cuya autoridad se había reafirmado al salir con éxito de la crisis sucesoria— con la intención de apoderarse de las propidades lágidas en Celesiria, impulsaría al rey egipcio a emprender una ofensiva preventiva que le llevaría hasta Babilonia, mientras Antíoco se hallaba en Sardes. Sin embargo, el ejército egipcio sería derrotado por el seleúcida, reforzadas sus filas con elefantes, hecho a su vez aprovechado por Antíoco para avanzar contra Damasco, lo que provocaría la necesidad de enviar un nuevo ejército egipcio. Esta vez la empresa tendría éxito a juzgar —así lo cree Will— por el brillo particular de las *Ptolemaieia* alejandrinas del 271/-0 que celebrarían una reciente victoria, —acaecida, pues, en el 271— que ha-

bría zanjado el conflicto. En la paz subsiguiente se mantendrían las posiciones de ambos sin que ninguna de las partes alcanzara ventajas sobre la contraria. De todas formas gran parte de lo expuesto es conjetural.

3. Motivaciones de la política exterior de Egipto

Es un hecho cierto e incontestable que los Ptolomeos desarrollaron a lo largo del s. III una política tendente a conseguir un papel hegemónico en el Egeo, aspiración que, digámoslo, alcanzaron plenamente, pues puede hablarse con propiedad de una talasocracia egipcia en este ámbito, activa durante este siglo principalmente. Ante este hecho cabe preguntarse por las causas que justificaron tal empeño.

a) Consideraciones estratégicas

Como ya hemos apuntado, ni Ptolomeo Lago ni ninguno de sus sucesores compartieron los deseos de otros herederos de Alejandro de reunir bajo sus manos la totalidad del antiguo Imperio alejandrino. El primero de los Ptolomeos lo rechazó, incluso, expresamente cuando se le invitó a ello. Desde el comienzo de la disgregación de la herencia alejandrina su aspiración fue Egipto, consciente como era de la imposibilidad de mantener bajo una sola mano tan descomunal Imperio, mosaico de pueblos, culturas e intereses diferenciados. También Ptolomeo I fue quien definió y puso las bases de lo que sería la política de los Lágidas posteriores: el mantenimiento de Egipto sólidamente bajo su mando —con el apéndice de la Cirenaica— más una serie de posesiones exteriores que le aseguraran la hegemonía en el Mediterráneo oriental. Y aquí reside el problema, aprehender qué motivaciones impulsaron al hijo de Lago a trazar una política exterior con ese sesgo egeo.



Retrato de Berenice II de Cirene.
Museo de Benghazi

En torno a esta cuestión verdaderamente clave de la historia del Egipto helenístico debemos mencionar una de las opiniones más autorizadas y difundidas, la de M. Rostovtzeff (*Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, 1962). Según su criterio, Egipto como tal habría constituido desde siempre la principal preocupación de los Ptolomeos, de suerte que la salvaguardia de su seguridad e independencia era su objetivo prioritario. Y esta debía realizarse fundamentalmente por mar, dada la situación geográfica del país del Nilo. Era necesario, por tanto, contar con una flota poderosa, inexistente hasta entonces por la ausencia de una tradición marítima en la época de los faraones. Pero Egipto no tenía las materias primas imprescindibles para la construcción naval, que, sin embargo, se encontraban en abundancia en la costa siria, Chipre y Asia Menor meridional.

Por otra parte, se había constatado sobradamente en tiempos pretéritos

que la protección de Egipto pasaba también por contar con un glacis en la franja sirio-palestina que la separara del resto de Asia y de toda amenaza terrestre que solo podía proceder de allí. Aparte de todo ello, se precisaba, como era habitual, un ejército, compuesto ordinariamente en época helenística por mercenarios, cuya soldada se pagaba en monedas de plata, metal que los lágidas necesitaban importar, pues no se producía en Egipto. Tales necesidades podían ser cubiertas por varios sistemas, pero, sobre todo, por dos vías: una de carácter comercial —en base a la cual estaría la estructura racionalizada de la producción agrícola e industrial egipcia, destinada a la exportación—; otra de tipo político, a saber, la extensión de la dominación egipcia a regiones o ciudades que debieran pagar su tributo correspondiente en plata.

Esta política, definida como «imperialismo defensivo», conduciría, no obstante, a conflictos que sobrepasaban su primer propósito, es decir, a ambiciones expansionistas sin relación inmediata con la seguridad de Egipto, manifestadas sobre todo en la última parte del s. III.

Obedeciendo a esta política defensiva, ya Ptolomeo I, según hemos visto, tomó medidas para hacerse con el control de la Celesiria, pues la pretendida invasión de Pérdicas había evidenciado con claridad que ese era uno de los puntos débiles por donde Egipto podía ser atacado. A la par, la región le podía proporcionar el poderío naval que por sí solo no podía tener, además otros recursos económicos y financieros, tal como, de hecho, había ocurrido anteriormente en otros periodos históricos de Egipto, especialmente con las dinastías XVIII y XIX, a las cuales se retrotrae en último término la política de Ptolomeo Soter. Sin embargo, los sucesivos abandonos de la Celesiria a que se vio forzado Ptolomeo debieron convencerle de la necesidad de fortalecer su poderío naval y militar hasta convertirlo en disuasorio frente a sus adversarios, en principio los Antigónidas, de suerte que le permitiera en su día no sólo reconquistar la región, sino sobre todo mantenerse en su dominio. A ello, pues, se ocuparía durante buena parte de su reinado. Así se explica, asimismo por qué disputó insistentemente Chipre a los Antigónidas y pretendió una y otra vez contar con puntos de apoyo en Asia Menor meridional. Por tanto, en todo este movimiento hacia el norte hay que ver una motivación de índole estratégica, cuya justificación no es otra que la de destruir el poderío antigónida en las costas minorasiáticas, separándolas de su imperio europeo, afianzando así la posición egipcia en tales territorios. Esta, a su vez, estaría destinada a proteger la siria meridional contra toda ambición contraria a Egipto.

E. Will (*op. cit.* I p. 146) intentando sistematizar esta cuestión, postula que la expansión del dominio lágida fuera de Egipto procede de dos tipos de consideraciones que no pueden confundirse: 1º la ocupación de Celesiria y Chipre obedece a la preocupación inmediata de la seguridad del Delta y del Valle del Nilo en general, dirigidas contra toda potencia —antigónida o seleúcida— dueña del resto del Próximo Oriente; 2º: el dominio del Egeo, cuya primera intentona se llevó a cabo en la época de la lucha contra el Imperio asiático de los Antigónidas (con el punto de mira en la posesión de la Celesiria). Posteriormente se realizaría con un objetivo preciso, a saber, confinar a Demetrio Poliarcetes en Europa para impedir toda renovación de la expansión marítima antigónida. Las posesiones litorales anatolias contribuyeron a asegurar la seguridad de Chipre y la de las comunicaciones con el Egeo. No existía, pues, ninguna preocupación por Grecia que queda relegada a un plano secundario, centrándose toda

la atención de los gobernadores lágidas en Oriente, donde subsistían las pretensiones seleúcidas sobre Celesiria.

Pero no sólo estaba presente en todo esto el interés estratégico: la alianza tan sólidamente establecida con Rodas parece evidenciar que tras ello estaban en juego también objetivos económicos. Por lo demás, la ulterior expansión egipcia hacia Tracia y la zona de los Estrechos realizada a partir de las posiciones adquiridas desde el reinado de Ptolomeo I requiere, asimismo, explicaciones diferentes de las estratégicas.

b) Consideraciones económicas

Aunque los aspectos económicos del Egipto ptolemaico serán considerados más adelante, es necesario advertir ya que tuvieron una enorme importancia no solo dentro de la política interior de los Lágidas —la economía constituye, de hecho, el motor de los Estados— sino en las directrices adoptadas en política exterior. Como ha sido repetidamente definido por los especialistas, el Egipto helenístico es el primer ejemplo histórico de un verdadero mercantilismo de Estado.

Cuándo comenzó este mercantilismo es otra cuestión. Normalmente suele aparecer como la característica del reinado de Ptolomeo II Filadelfo, pero probablemente las bases estaban echadas desde el gobierno de Soter cuya obra interna desconocemos casi totalmente.

En efecto, ya durante los años del mandato de Ptolomeo I estaban presentes las necesidades de dinero no sólo para sufragar todo el boato inherente a una monarquía helenística, sino sobre todo y de manera especial para financiar el mantenimiento de cuantas fuerzas terrestres o marítimas requería la defensa de Egipto. Esto se atendió por varios sistemas: «liturgias» impuestas a las ciudades marítimas, las cleruquías y los ingresos obtenidos por el tesoro. La urgencia, pues, de metal acuñado era grande. Así, y dado que Egipto no cuenta con recursos naturales de plata, debió dotarse de los medios para conseguirla. En parte, ya lo hemos dicho, fueron sus posesiones exteriores la que le suministraban dicho metal, pero lo aportado era insuficiente. Es así como debió recurrirse a la vía mercantil y, en este aspecto, los recursos cerealísticos del Valle del Nilo eran la clave, hecho secularmente demostrado desde la instalación del emporion griego de Naucratis, puesto que Grecia era tradicionalmente deficitaria de grano. Las posibilidades de enriquecimiento comportadas por la explotación de dichos recursos fueron apreciadas ya por el predecesor del hijo de Lago, Cleomenes de Naucratis cuyo magnífico tesoro, adquirido a través de este tipo de comercio, fue confiscado por Ptolomeo I tras asesinarlo. Que Soter continuaría no solo manteniendo sino potenciando esa vía mercantil parece incontestable por el éxito alcanzado en sus empresas exteriores, indicativo de que había contado con los recursos para financiarlas.

Al intentar analizar en profundidad este desarrollo comercial planificado surgen a todo estudioso varias cuestiones.

La primera de ellas es saber en qué medida pretendieron los gobernadores egipcios conquistar el mercado griego con objeto de dar salida segura a su producción agrícola, a cambio de la cual recibirían el metal acuñado necesario. Parece claro que los territorios exteriores bajo soberanía egipcia estaban obligados ciertamente a abastecerse de grano procedente del país del Nilo, siempre y cuando, fueran deficitarios de cereales (aunque esto no sucedía en todos los casos pues algunas posesiones lágidas en Tracia o Asia Menor pagaban un impuesto en trigo, prueba de su abundancia en tales regiones). Tal hecho, sin embargo, no puede elevarse a ca-

tegoría general, ni siquiera para las zonas dentro de la esfera de influencia egipcia, pues la alianza política no obligaba a la clientela comercial. En el caso de Egipto fue más bien al revés, por cuanto existen testimonios sobre la generosidad egipcia hacia sus amigos políticos, en lo que a envíos de cereal se refiere, cuando estos se veían en dificultades.

Lo que sin ninguna duda puede afirmarse es que Egipto propugnó y se esforzó por conseguir la libertad de comercio, solo posible mediante la seguridad de los mares que permitieran la existencia de comunicaciones estables y seguras. Y fue la consecución de este objetivo prioritario lo que justificó su larga amistad con Rodas —a su vez intermediario comercial de primer orden—, sólidamente establecida ya cuando se produjo el sitio de Demetrio Poliorcetes en el 304. Lo mismo hay que decir también respecto a Bitinia, cuyos reyes tenían grandes intereses en el comercio marítimo. Pensamos, además, que las transacciones comerciales se efectuaban en el caso de Egipto —y normalmente en otros también— a través de intermediarios, los más importantes de los cuales eran, sin duda, los rodios. Éstos y otros de diversa procedencia fueron los responsables de la distribución de los productos en las más variadas zonas del mundo antiguo. De hecho, cuando a partir de mediados del s. III se produjo un cierto repliegue de la talasocracia egipcia —cuyo papel como policía del mar se transferiría a Rodas en su totalidad—, tal contracción política no tuvo ninguna repercusión o contrapartida apreciable en el terreno comercial, de modo que los ingresos a la Hacienda egipcia no experimentan ninguna merma, y dado que las necesidades de productos egipcios eran constantes, no fue necesario a sus gobernantes buscar nuevos clientes ni apartar la competencia.

Precisamente este último punto es otra cuestión a analizar. Egipto, en efecto, no era el único productor de grano del mundo antiguo. Hemos mencionado cómo algunos de los territorios que estaban bajo su soberanía eran excedentarios de él los que les posibilitaría sacarlo al mercado normalmente. Pero, aparte de éstas, había otras zonas cerealísticas de primer orden como las regiones occidentales y septentrionales del Ponto Euxino, tradicionales graneros del mundo egeo clásico. Y este hecho no parece haberse modificado en época helenística pese a la competencia de Alejandría en este terreno. Esta concurrencia comercial, en cuanto es lícito hacer deducciones a partir de la falta de textos en contrario, se desarrolló noblemente sin que se diera una confrontación efectiva para alzarse, uno u otros, con la hegemonía del mercado egeo. De hecho, teóricamente al menos, existía demanda de sobra para todos y así parece probarlo la documentación a nuestro alcance, donde se atestigua una procedencia muy variada para el grano consumido en el mundo helenístico.

Otros factores a considerar también son la diversidad de productos procedentes de las regiones pónticas, es decir, no se trataba de un comercio exclusivamente cerealístico sino por el contrario sumamente diversificado (salazones, pez, minerales, etc.) A la par, también los rodios estaban empeñados en su mantenimiento y prosperidad pues, como hemos dicho, eran sus intermediarios más sobresalientes, lo cual quiere decir evidentemente que no había ninguna contraposición ni contradicción entre éste y el egipcio. Por tanto, Rodas, si bien no sólo ella desempeñaba una función reguladora del máximo interés, por cuanto distribuía las diferentes producciones de acuerdo tanto con las disponibilidades de los productos, como con la demanda.

Otro ámbito geográfico a tener en cuenta en la política exterior del

Egipto ptolemaico es el del Mar Rojo. En su desarrollo, el objetivo comercial era prioritario. Se pretendía canalizar hacia Egipto un comercio de productos de lujo procedentes de regiones lejanas conseguidos mediante el establecimiento de relaciones con diferentes tribus —por ejemplo los nabateos— que hacían de intermediarios, y mediante un sistema de fundaciones situadas en ambas costas del Mar Rojo, en la orilla africana y en la asiática. Los productos y materias primas así obtenidos no sólo se destinaban al consumo interior sino que eran a su vez reexpedidos desde Egipto a otras zonas del mundo mediterráneo, es decir, comercializados por el gobierno lágida a través de sus agentes.

También podríamos mencionar el Occidente del Mundo Antiguo. Pero aquí, en un ámbito dominado por la presencia de Cartago primero y de Roma después, el papel de Egipto se circunscribió a aspectos meramente mercantiles durante mucho tiempo.

Podríamos, así, concluir que ateniéndonos a los testimonios disponibles, existe una relación evidente a lo largo del s. III entre los hechos de tipo político-estratégicos y los de carácter económico. La política desarrollada por los Lágidas, encaminada, como sabemos, a conseguir la hegemonía en el Mediterráneo oriental como medio de garantizar la independencia de Egipto, conllevaba enormes gastos sobre todo militares —aunque también diplomáticos— y éstos sólo podían ser sufragados a través de la vía comercial, de suerte que el mercantilismo ptolemaico estuvo al servicio de la gran política mediterránea de Egipto. La formulación, sin embargo, no es susceptible de hacerse a la inversa, es decir, no puede hablarse de que la talasocracia puede hablarse de que la talasocracia egipcia estaba ordenada de acuerdo con unos objetivos comerciales. Además, este mercantilismo pervivió durante mucho más tiempo del que lo hizo la hegemonía política lágida en el Mediterráneo; resistió al propio poderío de la dinastía, cuya supervi-

Estatua de Afrodita hallada en Cirene.
Roma, Museo Nacional Romano.





vencia obedeció en buena medida al debilitamiento de las monarquías rivales y a la existencia misma de esta monarquía.

Con el transcurso de los años el poderío lágida en el Mediterráneo oriental iría cediendo terreno. Se abandonarían lugares y emplazamiento de soberanía egipcia, pues resultaba por un lado demasiado costoso para el Tesoro mantenerlos en esta situación de sumisión y, por otro, no eran imprescindibles ni desde un punto de vista estratégico ni comercial, de manera que su abandono apareció aconsejable especialmente cuando la situación interna del país del Nilo se deterioró, abriéndose un período de conflictividad.

4. Intervención de Egipto en el exterior

a) Conflictos con los Seleúcidas: la 2ª Guerra Siria

Al igual de lo constatado a propósito de la así denominada 1ª Guerra Siria, tampoco para este segundo conflicto, tercero en realidad, contamos con narraciones claras en las fuentes. Tenemos, sí, datos, pero dispersos e incluso a veces sin cronología precisa. Es así que debemos efectuar reconstrucciones de los hechos, intentando encajar los distintos datos a nuestra disposición.

Los años subsiguientes a la terminación de la 1ª Guerra Siria fueron para Antíoco I difíciles por cuanto supusieron el perder definitivamente Pérgamo, hecho al que el propio monarca no sobrevivió, pues murió en ese mismo año, 261. El cambio en el trono pretendió ser aprovechado por los Lágidas, como ya sucediera en la ocasión anterior, para ganar terreno a los Seleúcidas con objeto de afianzar las posiciones egipcias en el Egeo, debilitadas por el acrecentado poderío de una Macedonia regida por Antígono Gonatas. Estos esfuerzos, según podemos colegir, se verían coronados por el éxito pues los Lágidas lograron poner bajo su soberanía toda la costa jonia y caria de Asia Menor, desde Éfeso a Halicarnaso. El gobierno de dicha región se puso además bajo control directo del futuro heredero del trono egipcio, un Ptolomeo, hijo de Filadelfo que desde años antes —el 267— aparece asociado al trono paterno.

Las acciones egipcias provocaron la reacción de Antíoco II, quien puso en juego el mayor número posible de fuerzas por más que tan apenas sepamos qué incidentes acaecieron entre ambos. No obstante, parece ser que se produjo entonces, en medio de esta comprometida situación, una revuelta de Ptolomeo contra su padre Filadelfo centrada en Éfeso y que significaría su muerte pues no hay noticias sobre él posteriores al 259. De todos modos y a raíz de estos sucesos se instaló en Mileto como tirano Timarco, el probable aliado de Ptolomeo en dicha sublevación, que logró apoderarse también de Samos.

También por entonces y por razones desconocidas se produjo un paréntesis en las estrechas relaciones habituales entre Egipto y Rodas, si hemos de juzgar dos acciones en que ambas potencias aparecen enfrentadas: una, protagonizada por Éfeso ayudado por los rodios; otra la batalla naval librada por éstos contra los egipcios comandados por Cremónides. Las motivaciones nos son desconocidas.

En cuanto a nuestros conocimientos sobre los incidentes propiamente dichos con los Seleúcidas sólo podemos alcanzarlos por vía indirecta, pero su saldo fue, al parecer, positivo para éstos. Al final, la frontera de los territorios lágidas debió retrotraerse hacia el Sur del Eleutheros, produciéndose, pues, una disminución, si bien no demasiado sensibles, de los dominios egipcios en zona siria.

Cuestión debatida por sus implicaciones es la participación de Antígono Gonatas junto a Antíoco II y contra Egipto en este conflicto, pero para la que lamentablemente no tenemos fuentes de información. Los indicios al respecto son tan tenues que no es posible dilucidar nada con un mínimo de rigor.

Igualmente se perdieron para Egipto zonas minorasiáticas —así Jonia, debido a la revuelta del hijo de Filadelfo y enclaves costeros de Cilicia y Panfilia— las cuales volvieron nuevamente a manos seleúcidas. El retroceso experimentado por la hegemonía lágida en el Egeo se evidencia, asimismo, por la desaparición a mediados del S. III del koinón de los nesiotas, confederación sobre la que se había apoyado en gran medida la autoridad egipcia en aquellas aguas. No es que desde entonces el poder lágida desapareciera en las Cícladas, pero sí resultó mermado. El papel preponderante de Egipto sería sustituido en adelante por el de Rodas, potencia que alcanzará en las décadas siguientes su mayor apogeo político y económico. A su vez, Gónatas parece que aprovechó este repliegue lágida en las Cícladas para afinazar la presencia macedonia en alguna de ellas, a juzgar por algunas inscripciones de Cos, Amorgos, Ceos, Ios y Syros.

La Segunda Guerra Siria concluyó así con ventajas apreciables para los Seleúcidas. Se firmó un tratado de paz, cuya fecha se sitúa en torno al 253, pero cuyas cláusulas nos son desconocidas, excepto aquella que estipulaba un matrimonio dinástico, concertado para reforzar los acuerdos políticos, según la práctica inaugurada por los Diádocos. Se trataba del efectuado entre Antíoco II y Berenice, hija de Filadelfo, que conllevó el repudio de Laódice. La egipcia aportó una esplendidísima dote a este matrimonio, por el cual, al parecer, los Seleúcidas renunciaban a sus aspiraciones sobre Celesiria. De todas formas, la paz significó el restablecimiento de la autoridad seleúcida en las costas minorasiáticas, pero, cuya duración sería, no obstante, efímera.

b) Participación lágida en los asuntos griegos

Durante los años en que se desarrolló la denominada 1ª Guerra Siria, Filadelfo debió centrar su atención en los asuntos asiáticos, de forma que muy probablemente se mantuvo al margen del conflicto que enfrentó a Antígono Gónatas con Pirro. No existe, al menos, ninguna evidencia de lo contrario, por más que muchos estudiosos hayan supuesto un apoyo de Ptolomeo II a Pirro y a cualquier otro enemigo del antigónida. En base a esto estaría sobre todo la pretensión de su esposa Arsinoe II de lograr el trono de Macedonia para su hijo Ptolomeo, habido de su unión con Lisímaco, así como el deseo de impedir a Gónatas la ampliación de su autoridad en las Cícladas, aprovechándose de las dificultades egipcias motivadas por la 1ª Guerra Siria. Ambos argumentos son simplemente hipótesis para los que no existe respaldo documental.

El paso a una intervención activa lo tenemos, sin embargo, atestiguado en los años siguientes, una vez concluida la paz con los Seleúcidas y tras la desaparición de Pirro. Se han pretendido buscar motivaciones diversas —dinásticas, económicas— pero lo más convincente parece ser el hecho de que Antígono Gónatas, tras su victoria sobre el rey epeirota, quiso reconstruir el antiguo poderío naval macedonio, detentado tiempo atrás por su padre Demetrio Poliorcetes, el cual le habia conferido la autoridad política correspondiente sobre las islas y litoral occidental anatolio. Y esto sí representaba un peligro para la hegemonía lágida en el Egeo. Así pues, Filadelfo se marcó el objetivo de distraer la atención del rey macedonio del Egeo, aprovechándose del

descontento existente contra él en las ciudades griegas. En Esparta el rey Areo I, apoyado por Ptolomeo, aspiraba a erigirse en monarca del Peloponeso; también Atenas estaba regida por dirigentes antimacedonios. Reuniendo, pues, a los enemigos de Gónatas se formó una coalición, respaldada por Egipto, en la que, además de las dos ciudades citadas, participaron otros pueblos griegos del Peloponeso: aqueos, eleos y algunos arcadios. La declaración de guerra a Macedonia se efectuó formalmente mediante un decreto, votado por los atenienses en 267/6 dirigidos por Cremónides, que dio su nombre al conflicto.

Los detalles de la guerra son conocidos deficientemente. En principio, las fuerzas peloponesias no pudieron reunirse con las atenienses, dado que Corinto, punto de paso, estaba bajo dominio macedonio. El propio rey Areo murió —año 265— cuando intentaba forzar este paso. Los atenienses hicieron defección de la coalición, siendo la ciudad sometida a un largo asedio, en cuyo transcurso se produjo el intento fallido de invadir Macedonia por parte de Alejandro II hijo de Pirro. La insuficiente ayuda ptolemaica no logró ni romper las comunicaciones marítimas de Antígono Gónatas ni hacer levantar el bloqueo de Atenas. Dicha deficiencia se debió probablemente a que Egipto debió oponerse, según parece, al rey macedonio en frente minorasiático donde se libró en aguas de Cos una gran batalla naval en la cual salió victorioso Gónatas. La fecha probable es el 262.

En el frente griego, el ataque conjunto de espartanos y atenienses contra el macedonio no tuvo ningún efecto positivo, pues Gónatas, amenazando las posesiones lágidas en Jonia y las Islas, retuvo en ese ámbito a las fuerzas egipcias, sin cuya concurrencia resultó poco efectiva la operación en Grecia. Dada la falta de eficacia manifestada por los aliados, sobre todo tras el desastre de Cos, se firmó la paz con Macedonia en torno al 261. La posición de Gónatas en el Peloponeso quedaba reafirmada, además de por sus éxitos bélicos y estratégicos, por la muerte de su principal oponente, el espartano Areo; Corinto, a su vez, seguía bajo su autoridad. La otra ciudad enemiga, Atenas, fue ocupada militarmente, a la par que se forzó un cambio de dirigentes políticos, y, aunque conservó cierto grado de autonomía, estos años fueron considerados como de privación de libertad (le sería devuelta formalmente en 256/5). La tentativa lágida de sustraer a la influencia macedónica los emplazamientos griegos bajo autoridad de Gónatas, terminó, por tanto, en fracaso.

Por otra parte, es difícil decir en qué medida resultó afectada la hegemonía lágida sobre las islas por esta guerra, dada la inexistencia de fuentes al respecto, pero probablemente haya de responderse negativamente. Y ello no sólo por el hecho de que Gónatas seguía manteniendo sólidamente la ruta marítima que le comunicaba con las regiones meridionales de Grecia, sino también por los problemas dentro del ámbito griego que el rey macedonio debió atender en este tiempo, tales como el aumento de poder de los etolios, asuntos internos del reino, etc., que imposibilitaban una dispersión de sus fuerzas.

c) Los últimos años de Ptolomeo II Filadelfo

De los aspectos políticos concernientes a este último período del reinado de Ptolomeo II, destaca la reconciliación, en fecha incierta, entre el monarca y su medio hermano Magas de Cirene, que comportó una mejora de las posiciones egipcias en Cirenaica. A consecuencia de ella, y para sellarla, se convino el matrimonio entre Berenice, hija de Magas con el futuro Ptolomeo III, lo cual conllevaba la reunificación de ambos reinos a la

muerte de Magas. Esto, sucedido en 250, no se produjo, sin embargo, automáticamente de cuerdo con lo planeado pues entró en acción otro factor: la viuda del rey cirenaico, Apama, hija de Antíoco I. Rompiendo el compromiso, ésta reclamó como yerno al hermano de Gónatas, Demetrio, probablemente en entendimiento previo con el rey macedonio, que pretendía así, hacer entrar la Cirenaica en el área de su influencia, sustrayéndola a Egipto. Pero el asesinato de Demetrio, ordenado por Berenice, hizo fracasar el proyecto. Se cumplirían así finalmente los designios de Magas y Filadelfo.

Por lo que se refiere a la intervención egipcia en los asuntos griegos, se ha especulado con una participación lágida en la revuelta contra Gónatas de su sobrino Alejandro, sucesor de su padre Cratero al frente del gobierno de Corinto, cuya fecha debe situarse en torno al 253/-2. El objetivo no sería otro que debilitar la posición del rey macedonio. Sin embargo, este supuesto impulso egipcio a una empresa subersiva sumamente peligrosa para Gónatas por sus repercusiones en caso de éxito, no se tradujo en una ayuda material, de tipo económico o militar, al sublevado o, si la hubo, no hay huellas de ella desde el punto de vista documental.

Otro punto importante dentro de los sucesos políticos habidos en Grecia en estos años fue la liberación de Sición por Arato. Éste pidió ayuda primero a Gónatas y después a Ptolomeo pero, por diferentes razones, uno y otro debieron declinar de tal proposición, pese a lo cual Arato logró en el 251 entrar en su ciudad natal, poniendo en fuga a Nicocles el tirano que la gobernaba. Poco después, y dada la inestabilidad política existente, se alió con la Confederación Aquea. Un primer acercamiento a Macedonia no dio frutos pues no podía suministrar el apoyo económico requerido por Arato, razón que le impulsó a una alianza con Alejandro de Corinto y consecuentemente a una aproximación a Egipto. Aquí sí le proporcionaron el suficiente dinero con el que hacer frente a los conflictos sociales que su ciudad tenía planteados. Por otro lado, la decisión de Arato era positiva para Alejandro, pues la amistad de la Liga Aquea le eliminaba problemas con sus vecinos inmediatos.



Estatuilla de bronce de Hércules hallada en Alejandría. Baltimore, Walters Art Gallery.

Poco tiempo después Ptolomeo II moría. Era el año 246. El Egipto de entonces, aunque algo mermado en cuanto a su expansión territorial externa, consecuencia de la Segunda Guerra Siria, era una potencia poderosa, auténtico eje de la política internacional de entonces.

III. Ptolomeo III Evergetes y Ptolomeo IV Filopator

1. Ptolomeo III Evergetes

a) Continuación de los conflictos con los Seleúcidas: la 3ª Guerra Siria (246-241)

El reinado del nuevo monarca se inauguró con la reapertura de la conflictividad con la dinastía seleúcida. La ocasión la proporcionó esta vez la muerte del rey Antíoco II, acaecida el mismo año que la de Fildelfo, el 246. En ella se mezclan una serie de intrigas familiares derivadas del doble matrimonio del rey, el primero con Laódice del que nacieron dos hijos, Seleuco y Antíoco, y el segundo, en 253, con Berenice hija de Ptolomeo II de la que tuvo otro hijo de nombre desconocido para nosotros. A consecuencia de éste, la primera mujer fue junto con sus hijos exiliada a Asia Menor, residiendo en Éfeso. Pero tras unos años, los que median entre estas segundas nupcias y la muerte del rey, que se produjo precisamente en Éfeso, nos encontramos con que el heredero designado era su hijo mayor, habido con Laódice, Seleuco II.

Las motivaciones de este cambio nos son desconocidas pues carecemos de cualquier dato para conocer cómo se desarrollaron las relaciones entre Antíoco II y su ex mujer, de forma que cualquier teoría que pueda aventurarse queda en el terreno de las hipótesis sin posibilidad de confirmación. En todo caso, Seleuco II fue reconocido rey en Asia Menor, apoyado por su tío Alejandro, gobernador general, a la sazón residente en Sardes. Pero no tuvo igual acogida en todas partes. Éfeso, por ejemplo y su gobernador Sofrón se decantó por Berenice y su hijo al igual que lo hicieron otras ciudades. En todo caso para reforzar su situación ésta llamó a su hermano Ptolomeo III, el cual se presentó diligentemente al frente de una expedición en Antioquía, avanzando posteriormente hacia la desembocadura del Orontes. Por todas partes fue recibido favorablemente por la población. Estos detalles, conocidos por un documento emanado de la misma cancillería ptolemaica, no mencionan sin embargo, a Berenice y a su hijo, los cuales, según la tradición literaria tardía, habrían sido asesinados por orden de Laódice, antes de producirse la llegada de Ptolomeo III. No obstante, y para conservar una apariencia de legalidad, o más bien una justificación a la continuidad de su misión, ambas muertes serían mantenidas en secreto a la vista de la positiva acogida recibida.

En todo caso, parece que el Lágida llegó a alcanzar Mesopotamia y, según la inscripción de Adoulis, habría

extendido su autoridad por el imperio seleúcida hasta Bactriana, a excepción de Asia Menor a juzgar por el reconocimiento obtenido de los distintos gobernadores. De este acto, sin embargo, no debe inferirse que se instalara una efectiva autoridad egipcia en tales regiones. Esta no pasaría de ser meramente teórica. Ptolomeo III, pese al éxito, no pudo permanecer más tiempo en Asia dadas las inquietantes noticias recibidas acerca de la existencia de una revuelta en Egipto. Así, dejando estos asuntos en manos de administradores egipcios, regresó.

Pero Seleuco II había reaccionado con rapidez, de forma que ya en 245 era reconocido en Babilonia, recuperando las regiones presuntamente conquistadas por Ptolomeo III. Sus pretensiones sobre la Celesiria lágida no fueron, sin embargo, tan afortunadas, viéndose obligado a pedir ayuda de Asia Menor, lo cual le forzó a admitir la exigencia de Laódice, consistente en nombrar a su hermano pequeño Antíoco Hierax corregente y gobernador general de Asia Menor. Sería esta unión entre los hermanos y sus fuerzas respectivas lo que determinaría que Ptolomeo III firmara la paz en 241, de la que, según puede apreciarse de la panorámica posterior, el lágida obtuvo ventajas nada desdeñables: el dominio de Seleucia —puerto de Antioquía, hecho sorprendente a todas luces— y de lugares de Jonia, Panfilia y Cilicia, además de comenzar una penetración egipcia en Tracia y el Helesponto. Es así como los enclaves costeros egipcios eran en 241 más numerosos de los poseídos a la muerte de Filadelfo.

b) Ultima parte del reinado

Los años subsiguientes del reinado de Ptolomeo III hasta su fin, unos veinte, fueron tranquilos. Aunque se produjeros algunos conflictos ocasionales ya el monarca no tomó parte en ello. Moriría en 221 de muerte natural según afirmación de Polibio (II, 71,3).

Tampoco en el orden interno se dieron asuntos de importancia. Puede notarse, por ejemplo, el crecimiento de colonos en el Fayum, consecuencia del asentamiento allí de numerosos soldados griegos que habían combatido en las filas egipcias durante las campañas asiáticas. Además de estos veteranos, otros prisioneros de los ejércitos seleúcidas fueron asimismo establecidos en dicha región. Todos ellos significaban un refuerzo del elemento griego de la población en Egipto. También experimentó un alza la ya numerosa facción judía residente en el país del Nilo. A la par, parece que Ptolomeo

La Tercera Guerra Siria

El rey Ptolomeo (III) el Grande, hijo del rey Ptolomeo (II) y de la reina Arsínoe, dioses hermano y hermana, hijos del rey Ptolomeo (I) y de la reina Berenice, dioses salvadores, descendientes por parte de padre de Heracles, hijo de Zeus y por parte de madre de Diónisio, hijo de Zeus, tras recibir de su padre el reino de Egipto, Libia, Siria, Fenicia, Chipre, Licia, Caria y las Islas Cíclades, marchó contra Asia con tropas de infantería y caballería, una flota, elefantes de la tierra de los trogloditas y de Etiopía, a los que su padre y él mismo fueron los primeros en cazar en esos lugares y en equiparlos para la guerra. Tras asegurarse el dominio sobre los territorios más acá (occidentales) del Éufrates y de Cilicia, Panfilia, Jonia, el Helesponto, Tracia y de todas las fuerzas de esos lugares y de los elefantes indios y tras reducir a la obediencia a todos los gobernantes de esas provincias, cruzó el río Éufrates y tras haber subyugado a Mesopotamia, Balilonia, Susiana, Pérside, Media y todo el resto del territorio hasta Bactria y, tras haber buscado todos los objetos sagrados que habían sido sacados de Egipto por los persas y haberlos devuelto al país junto con el resto del tesoro de la provincia, envió sus fuerzas con la misión de construir canales... (el resto de la inscripción se ha perdido)
(OGIS 54)

III comenzó a desplegar esfuerzos tendentes a atraerse a la población indígena o más bien a conservar su fidelidad. Para ello comenzó una equiparación a los faraones así como la captación del sacerdocio egipcio.

2. Ptolomeo IV Filopator (221-203)

El reinado de este soberano lágida constituye un punto de inflexión en la historia de Egipto, pues a partir de él es cuando comienza realmente su decadencia. No es que ésta deba achacarse en exclusiva a él, pero su talla como estadista es definitivamente inferior a la de sus predecesores. Su personalidad apuntaba más hacia el intelectual, aspecto éste cultivado por su preceptor Eratóstenes, que hacia el hombre de Estado. Así, las preocupaciones inherentes al gobierno las dejó en manos de dos de sus consejeros. Agatocles pero sobre todo Sosibios que fue el auténtico factótum de la política egipcia y supo sacar partido de la indolencia del monarca.

a) Ofensiva seleúcida contra territorios lágidas en Asia

Ya a comienzos del reinado tuvieron lugar los primeros embites seleúcidas contras las posesiones lágidas en Asia. En 219 Antíoco III se apoderaba por fin de Seleucia de Pieria, el puerto de Antioquía, para proseguir a continuación su ofensiva contra la Celesiria. La ocasión le fue además sumamente favorable por la traición a Egipto del etolio Teodoto, mercenario encargado del gobierno lágida en Celesiria.

Estas acciones sorprendieron desprevenidos a los dirigentes egipcios. Sosibios temiendo una invasión seleúcida de Egipto recurrió a la ruptura



Ulises huyendo agarrado a un carnero. Estilo alejandrino Roma, Palazzo Doria.

de los diques, anegando así toda la región de Pelusion en el Delta, prueba evidente de la carencia de tropas para defender el país, pues, como hemos comentado anteriormente, la Celesiria era el dispositivo que en la estrategia egipcia debía parar cualquier intento de invasión y era allí donde estaban concentradas las tropas encargadas de la defensa del país. Al fallar el sistema, Egipto quedaba a merced de cualquier ejército poderoso. Por estas razones y llegada la ocasión, Sosibios y Agatocles entablaron negociaciones con Antíoco III, en las que se mezclaron otros estados con intereses similares a los lágidas y temerosos de un fortalecimiento del poderío seleúcida, tales como Rodas, Bizancio, Cícico, etc. Pero fue la posibilidad de que Aqueo, incitado por Egipto pudiera atacar desde Asia Menor lo que según Polibio (V 63, 1-7) movió a Antíoco a aceptar un armisticio de cuatro meses.

Este intervalo posibilitó a Sosibios la reorganización de la defensa pero para ello debió recurrir a una medida nueva en la historia de Egipto: el reclutamiento de indígenas. Sus consecuencias se verían más tarde. Suele explicarse tal decisión por la situación financiera del estado lágida, de suerte que le era imposible afrontar los gastos inherentes a la leva de un ejército compuesto sólo por mercenarios. En efecto, ya durante el reinado de Ptolomeo III, se aprecian las primeras alteraciones monetarias que nos hablan de dificultades para conseguir plata destinada a las acuñaciones, al menos a la misma escala de antes. De todas formas, como éste era el sistema de pago requerido por los profesionales de la milicia, la escasez de moneda repercutía negativamente en ello. Pese a lo dicho, Sosibios logró poner en pie de guerra un ejército lo suficientemente fuerte —unos 75.000 hombres— como para oponerse al de Antíoco III, un tercio del cual estaba compuesto por indígenas.

b) Rafia y sus consecuencias: las sublevaciones de los indígenas

Al acabar el período de tregua Antíoco se decidió a zanjar la cuestión de la Celesiria. Su avance, apoyado por la flota, no pudo ser detenido por Nicolao, otro etolio, encargado de la defensa de la región. El encuentro definitivo tuvo lugar el 217 en Rafia, al Sur de Palestina en las puertas de Egipto, donde una maniobra mal calculada por el rey seleúcida ocasionó la derrota de su ejército. Egipto se salvó así *in extremis* a la par que continuaba en posesión de la Celesiria. Antíoco se retiró rápidamente a Antioquía.

Pero las negociaciones entre ambas potencias, subsiguientes al armisticio pactado tras Rafia, iban demasiado lentas para los egipcios por las exigencias de Antíoco, razón que les impulsó a proseguir la campaña militar en territorios seleúcidas, ante la cual aquél se resignó firmándose la paz entre ambos monarcas. La debilidad en este caso de Ptolomeo IV salvó al Imperio Seleúcida, pues, incluso no sacando partido a su ventajosa posición, accedió a la cesión a Antíoco de Seleucia de Pieria. Lo demás quedó como antes.

El significado de Rafia para la historia interior de Egipto es enorme. El papel protagonista de los indígenas egipcios en el éxito final conllevó una afirmación o una toma de conciencia de su importancia, pues, a partir de entonces, comenzó la serie de sublevaciones protagonizadas por aquéllos.

Las causas del malestar existente entre la población campesina autóctona tienen su origen en la presión fiscal ejercida sobre ellas por el estado lágida en razón a su complejo sistema económico, endurecida con Ptolomeo IV, teñida de cierto sentimiento nacionalista de autoafirmación de lo egipcio por oposición a los griegos dominantes, aspecto éste que

Consecuencias de la batalla de Rafia
Inmediatamente después, Ptolomeo IV se vio envuelto en otra guerra contra los nativos de su país. Pues este rey, al armar a los egipcios para la guerra contra Antíoco (III) tomó una decisión que, aunque era aceptable de momento, comportaba un cálculo erróneo para el futuro. Los egipcios tomaron ánimos con el éxito de Rafia y no podían soportar en adelante recibir órdenes. Empezaron a buscar algún personaje que pudiera guiarlos ya que creían que eran capaces de luchar por sí mismos. Y eso fue lo que consiguieron realizar no mucho tiempo después.
(Polibio *Historia* V, 107, 1-1)

no está justificado exagerar pero que estaba alimentado por un fantismo religioso, alentado, sin duda, por el sacerdocio egipcio. Tales sentimientos comenzaron probablemente a despertar durante los últimos años del reinado anterior. Su atisbo por parte del rey justifica la labor de acercamiento y captación de esta casta sacerdotal por éste, hecho al que ya se ha hecho alusión, así como la equiparación o acomodación de la titulatura real lágida a la faraónica. Ambos aspectos se prosiguieron, potenciados, con Ptolomeo IV el cual llevó ya los títulos, símbolos y adornos tradicionales de los faraones. La egiptianización de la monarquía lágida había comenzado.

La plasmación material de este descontento popular se hizo a través del surgimiento de una guerrilla, activa en la *chora*, cuya actuación se oponía a la acción de los agentes reales lágidas pero sobre todo en la independencia lograda por el Alto Egipto, mantenida durante dos décadas, donde se configuró un estado gobernado por faraones de origen nubio, primero Harmakhis, después Ankhmakhis.

Para aplacar el malestar de los indígenas, los gobernantes se vieron forzados a hacer concesiones de carácter territorial y fiscal, dirigidos, en principio, a los santuarios indígenas para atraerse la voluntad de sus sacerdotes, acompañados de medidas de amnistía para los rebeldes. No se trata, pues, de un cambio de política, sino de aplicar soluciones parciales, encaminadas a lograr la distensión en las situaciones ya descritas.

c) Retroceso egipcio en el exterior. Fin del reinado de Ptolomeo IV

Las complicaciones surgidas en el interior del país tuvieron una influencia determinante en el exterior. La incipiente decadencia del estado lágida, cuyos ingresos se vieron disminuidos también por la crisis de producción subsiguiente a los propios conflictos, imposibilitó a Egipto para continuar manteniendo su política de prestigio en el ámbito mediterráneo. Los esfuerzos materiales se dirigieron, así, a salvar lo que era considerado vital para la supervivencia del estado, es decir, las posesiones sirias, permaneciendo al margen de otros conflictos más alejados o interviniendo tan sólo por la vía diplomática, aprovechando lo que subsistía del prestigio egipcio. Así se justifica la inactividad de Ptolomeo III durante las dos últimas décadas de su reinado y la trayectoria del sucesor, Ptolomeo IV, en el ámbito de la política exterior.

Filopator murió joven. Su fin acaeció verosímilmente en el 204, por más que la fecha dada por Polibio de este acontecimiento sea un año posterior, el 203. Tenía unos 35 años. Sus ministros hicieron asesinar a continuación a su madre Arsínoe para evitar que accediera a la regencia del nuevo rey, dada la corta edad de éste (tenía 6 años). Pero también Sosibios murió en aquellos días. Su colega Agatocles desaparecería algo después, a fines de 203, a consecuencia del conflicto sostenido con un comandante militar, Tlepólemo, que supo explotar el odio hacia Agatocles sentido por la población y amplios sectores sociales relevantes.

Preparativos de los ministros de Ptolomeo IV para la Cuarta Guerra Siria
Agatocles y Sosibio, primeros ministros del reino en aquel momento tomaron una decisión. Decidieron que mientras se hacían los preparativos para la guerra, se enviasen embajadores a Antíoco que contuviesen su ardor y en la apariencia le confirmasen en el concepto que tenía hecho de Ptolomeo, a saber: que jamás este príncipe se atrevería a medir con él sus armas; que antes echaría mano de las conferencias y le rogaría por sus amigos a que se retirase de la Celesiria. Tomada esta decisión, y encargados de ella Agatocles y Sosibio, se cuidó de despachar una embajada a Antíoco y se enviaron otras a los rodios, bizantinos, cicicenos y etolios, convidándoles con la paz. Mientras que iban y venían estas embajadas, uno y otro rey tuvo oportunidad y tiempo de prevenirse para la guerra. Era Menfis el congreso donde se fraguaban estas negociaciones; era allí donde se recibía y se daba honestas respuestas a las demandas de Antíoco. Pero al mismo tiempo era Alejandría a donde se convocaba y congregaba la tropa mercenaria que el rey tenía a sueldo en las ciudades fuera de Egipto; de donde salían emisarios a reclutar tropas extranjeras; donde se almacenaban raciones para las que ya había y para las que habían de venir; en fin, donde se acopiaban toda clase de preparativos, de suerte que se cruzaban de continuo los correos de Menfis a Alejandría, para que no faltase cosa a los designios proyectados. Para la fábrica de armas y para la elección y distribución de los hombres comisionaron a Equecrates de Tesalia, a Fosidas de Melita, a Euríloco de Magnesia, a Sócrates de Beocia y a Cnopias de Alora. Fue la mayor dicha para Egipto encontrar hombres que, habiendo militado bajo Demetrio y Antígono, tuviesen un mediano conocimiento de lo que era la guerra y de lo que se requería para poner un ejército en campaña. Efectivamente, éstos, tomando a su cargo las tropas, les enseñaban, en lo posible, el arte militar. (...)

A cada uno de estos personajes que acabo de nombrar se dio el cargo más adecuado a su talento. Euríloco el magnesio mandaba un cuerpo de casi tres mil hombres, llamado entre los reyes la Guardia Real; Sócrates el beocio tenía bajo sus órdenes dos mil rodeleros; Foxidas Aqueo, Ptolomeo hijo de Traseas y Andrómaco Aspendio adiestraban la falange y los griegos mercenarios; pero el mando de aquélla, compuesta de veinticinco mil hombres, se hallaba a cargo de los dos últimos y el mando de éstos, en número de ocho mil, residía el primero. Los setecientos caballos de que se compone la guardia del rey, la caballería de África y la que sacó de Egipto —su total hace tres mil caballos— estaba a las órdenes de Polícrates. La caballería griega y toda la mercenaria en número de dos mil, después de bien disciplinada por Equecrates, a cuyas órdenes se hallaba, sirvió de muchísimo en la batalla. Ninguno tuvo más esmero que Cnopias Alorita en instruir las tropas de su mando, compuestas de tres mil cretenses, entre los cuales había tres mil neocretas, al mando de Filón de Cnosso. Se armaron tres mil africanos a la manera de Macedonia y estaba a cargo de Ammonio Barceo. La falange egipcia, compuesta de veinte mil, se hallaba a las órdenes de Sosibio. De tracios y gálatas, tanto de los que había en el país, como de los que recientemente habían sido enrolados, aquéllos en número de cuatro mil y éstos de dos mil, se formó un cuerpo, cuyo mando se dio a Dionisio el tracio. Tal era el ejército que Ptolomeo había prevenido y tan diversas las naciones que lo componían.

(Polibio, *Historia* V, 63 y 65)

IV. Ptolomeo V Epifanes y Ptolomeo VI

1. Ptolomeo V Epifanes

Al contar tan sólo seis años cuando murió su padre, la regencia recayó en la persona del consejero paterno Agatocles, si bien por poco tiempo.

a) Dificultades exteriores: pacto entre Filipo V y Antíoco III

Si en el interior mismo de la cúpula del poder en Egipto fueron estos años agitados, lo mismo sucedió, y no en menor escala, fuera del propio país. El beneficiario del debilitamiento de la monarquía lágida fue Antíoco III. En efecto, tenemos noticias de la existencia de perturbaciones en la Caria minorasiática sometida a la dominación egipcia: ciudades como Amizón se pusieron, voluntariamente al parecer, bajo tutela seleúcida (RC 38). Pero de mayor alcance fue el pacto entre Filipo V y Antioco III sobre el destino del Imperio Lágida.

Ya Sosibios, previendo lo peligroso de la formación de tal alianza había intentado poner de su parte al rey macedonio a través del envío de una embajada, confiada a su propio hijo Ptolomeo. Las consignas dadas a éste nos son desconocidas pero no alcanzaron en cualquier caso los resultados apetecidos, pues el pacto entre ambos reyes llegó a tomar cuerpo (en 203-202). El objetivo: repartirse los dominios de Ptolomeo V. No conocemos con exactitud los términos en que fue suscrito, pero Polibio los critica ácidamente como inmorales y merecedores de castigo (III 2.8: XV 20). Por otra parte, Apiano (*Mac.* 4.1) contradice en parte la versión de éste sobre los extremos del reparto. Serían éstos que Filipo se apoderara de Egipto, Caria y Samos: Antioco III de Celesiria y Fenicia. Apiano, sin embargo, dice que Filipo había prometido a Antíoco su ayuda para apoderarse de Egipto y Chipre, mientras éste le apoyaría a cambio, para adquirir Cirene, las Cícladas y Jonia. Qué existió realmente de todo esto es difícil decirlo (hay quienes lo niegan en absoluto: así D. Magie en *JRS* XXIX, 1939, p. 32 ss.; L. De Regibus *Aegyptus* XXXII 1952, pp. 97-100), pero, como hace Will (*op. cit.* II, p. 99), conviene subrayar dos puntos: que Polibio estaba convencido de la amplitud del proyecto en los términos expuestos; y que los acontecimientos desarrollados en las costas suroccidentales de Anatolia probarán las existencias de un acuerdo de colaboración contra el dominio ptolemaico, precisándose las zonas de influencia respectivas para Filipo y Antíoco, dejando éste al rey macedonio la región de Caria sobre la que el seleúcida había extendido su soberania hacia poco tiempo.

b) 5ª Guerra Siria

El entendimiento con Filipo V dejó libres las manos a Antíoco III para actuar de nuevo en Celesiria, esta vez con éxito. Pese a la resistencia ofrecida por el etolio Escopas, el monarca seleúcida le asestó una derrota definitiva en Panion el año 200. Refugiado en Sidón hubo también de capitular acudiendo después a organizar la defensa del Delta. Así, la Celesiria pasó a formar parte nuevamente del Imperio Seleúcida con la misma administración que había sido dotada por los Lágidas, pero con un nombre algo modificado: Celesiria y Fenicia.

Que Egipto permaneciera a salvo, intocado por los ejércitos seleúcidas, parece que se debió a la petición hecha en este sentido a Antíoco III, formulada por una embajada enviada a él por el Senado Romano, cuyo objetivo último no era sino impedir cualquier apoyo del seleúcida a Filipo V en la guerra que se estaba preparando contra éste. No obstante esta misión diplomática, sería el estallido de la 2ª guerra de Macedonia lo que decidiría a Antíoco III a dirigirse hacia el norte, apartándose de Egipto.

Ulteriormente los acontecimientos aconsejarían a Antíoco la no intervención en Egipto, es más, le decidieron a hacer todo lo contrario: firmar una paz con Ptolomeo V, fortaleciéndola incluso por la vía de los lazos familaires, pues se acordó el matrimonio entre Cleopatra, hija del monarca seleúcida, y el rey egipcio. Por otro lado, la misma situación interior del país del Nilo había evolucionado positivamente pues se habían calmado los focos de rebelión protagonizados por los indígenas en el Bajo Egipto como también las luchas intestinas en el seno mismo de la corte real. No obstante, la Tebaida continuaba independiente gobernada por el faraón indígena Ankhmakhis al que se opuso un Ptolomeo V, coronado en Menfis a la manera de los antiguos faraones.

La recomposición experimentada por la situación interna del país no se amplió al exterior. De los anteriores dominios lágidas no quedaba al nuevo rey, excepto Chipre, casi nada: algunos enclaves en Creta oriental y una guarnición en Tera. Por lo demás, la regulación territorial establecida mediante el tratado de Apamea en 188 no tuvo en cuenta los intereses lágidas.

Durante los años que median entre esta fecha importante y la muerte de Ptolomeo V se registró en el país una mejora de la situación interna al terminarse, por fin, la secesión del Alto Egipto en 186. (*cfr.* Sethe, *Hieroglyphische Urkunden* II p. 241 ss., el 2.º decreto de Philae). Las concesiones fiscales que fueron necesarias para ello disminuyeron ciertamente los ingresos estatales. A la par, sabemos, gracias a Polibio (XXII 3, 5-9) de las tratativas efectuadas con la Liga Aquea entre 187 y 185, preludio de proyectos más amplios, tales como la recuperación de Celesiria, pero que fracasaron. Poco después, la muerte del rey, a finales de 181, cortó todo intento de recuperación lágida en el exterior.



Retrato sobre moneda de plata de Ptolomeo VI. Cabinet de Médailles, París.

2. Ptolomeo VI

Su sucesor, Ptolomeo VI, era todavía un niño de corta edad. Así, ejerció las tareas de gobierno su madre, Cleopatra I, hija de Antíoco III y hermana de los reyes seleúcidas. Esta mujer enérgica mantuvo buenas relaciones con su hermano Seleuco IV, viviendo Egipto hasta su muerte un periodo pacífico. El panorama volvería a nublarse tras la desaparición en 175 de la reina madre regente.

La regencia pasó entonces a manos de dos eunucos que sólo a través de intrigas pudieron alcanzar la cúspide del poder, circunstancias en todo caso desconocidas para nosotros. Eran Euleo y Leneo, personajes ineptos que estaban lejos de despertar simpatías unánimes. Éstos, poniendo nuevamente en primer plano los proyectos acariciados por Ptolomeo V antes de morir, se lanzaron a una nueva guerra contra los Seleúcidas.

Las interrogantes sobre las causas reales de este conflicto son muchas, pues nada se dice en las fuentes sobre la cuestión. Lo único cierto es que la iniciativa partió de Alejandría en el 170. Simultáneamente se declaraba mayor de edad a Ptolomeo VI, asociándole al trono a sus hermanos, Ptolomeo Physcon y Cleopatra II.

La revuelta de Dionisio Petosarapis y disturbios en el sur de Egipto

a) Dionisio, llamado Petosarapis («el que pertenece al dios Sarapis») uno de los amigos de Ptolomeo, intentó conseguir el poder, lo que representó un gran peligro para el reino. Era el hombre de más prestigio en la Corte, sobrepasaba a todos los egipcios en el campo de batalla y despreciaba a ambos reyes (Ptolomeo VI y Ptolomeo VIII) a causa de su juventud y falta de experiencia. Afirmó que había sido incitado por el hermano mayor a asesinar al menor, con lo que hizo correr el rumor entre las masas que el joven Ptolomeo era el objetivo de una conspiración urdida por su hermano. Cuando la muchedumbre se arremolinó a toda prisa en el estadio, y los ánimos se caldearon hasta tal extremo que el pueblo estaba dispuesto a asesinar al hermano mayor y entregar al reino al más joven, llegaron noticias de los disturbios hasta el palacio. El rey envió a buscar a su hermano y se defendió a sí mismo con lágrimas en los ojos, suplicándole que no confiara en absoluto en un hombre que andaba buscando apropiarse del reino y que no tenía consideración alguna, sino desprecio, por su juventud. Y, si tenía aún dudas, añadió, o albergaba aprensión alguna, le animaba a tomar para sí la diadema y el reino. El joven apartó al punto toda sospecha de su hermano, se revistieron los dos de las vestiduras reales y aparecieron ante la multitud efectuando una demostración pública de armonía. Dionisio, frustado su intento, desapareció de la capital. Por medio de mensajes aquellos soldados que estaban dispuestos a participar en la revolución, buscó persuadirlos para que compartieran sus esperanzas. Luego se presentó en Eleusis y recibió a todos los que estaban bien dispuestos para la revuelta, hasta conseguir un grupo de cuatro mil soldados (...). El rey marchó contra ellos y resultó victorioso, matando a muchos y persiguiendo a otros. Forzó a Dionisio a cruzar a nado, desnudo, el río y a retirarse entre los nativos a los que incitó a la revolución. Como era un hombre enérgico, fue recibido entusiásticamente por los egipcios y pronto tuvo muchos partidarios.
(Diodoro Sículo XXXI 15a)

b) Hubo otro disturbio en la Tebaida, puesto que las masas andaban muy dispuestas para la revuelta. El rey Ptolomeo avanzó contra ellos con un gran ejército y con facilidad recobró el control sobre el conjunto de la región. Pero había allí una ciudad llamada Panópolis, enclavada sobre una antigua fortaleza que parecía una posición segura por la dificultad del acceso; por ello, los más activos de los rebeldes se congregaron allí. Ptolomeo, al ver la desesperación de los egipcios y lo recio del lugar, decidió sitiarlo y, tras padecer muchas penalidades, logró capturarlo con lo que castigó a los culpables y volvió a Alejandría.
(Diodoro Sículo XXXI 17b)

a) 6ª Guerra Siria

La mejor preparación militar de su adversario Antíoco IV tuvo su efecto en la rápida derrota inflingida al ejército ptolemaico. Tras ella se apoderó de Pelusion, para a acontinuación proseguir su avance hacia Alejandría, pese a haberse iniciado ya conversaciones de paz. Ptolomeo VI pretendió huir a Samotracia aconsejado por Euleo. Fue obligado, sin embargo, a permanecer en el país por Comanos y Cineas, los nuevos consejeros de la corte ptolemaica que eliminaron a los anteriores y pusieron todo su empeño en negociar con el invasor. Por fin, se logró una entrevista entre Ptolomeo VI y el monarca selúcida durante la cual se pactó una tutela de éste sobre Egipto, efectuada de manera más o menos encubierta. Pero la revuelta que entonces estalló en Alejandría nombró como único rey a Ptolomeo VIII, el hermano pequeño corregente de Ptolomeo VI. Antíoco IV respondió asediando la capital egipcia so pretexto de apoyar al único rey legal, Ptolomeo VI. Pero ante la imposibilidad de entrar en la ciudad y no pudiendo diferir su intervención en otros importantes asuntos —la cuestión judía— Antíoco IV se retiró a fines del 169.

Su marcha tuvo un efecto contrario al esperado: los tres hermanos se reconciliaron. Por otro lado, Roma hasta entonces se había mantenido a igual distancia de una y otra parte sin querer intervenir, pese a las peticiones dirigidas al Senado por ambos contendientes para captar su apoyo. Finalmente, los egipcios lograron el envío de una misión diplomática, encabezada precisamente por un amigo de Antíoco IV, C. Popilio Laenas. Sus órdenes debían ser ambiguas de forma que su actuación pudiera adaptarse a las circunstancias, dependiendo del desarrollo de éstas.

No obstante, y mientras esta delegación hacía efectiva su presencia en Egipto, tropas seleúcidas ocuparon Chipre y el propio Antíoco entraba nuevamente en el país del Nilo. Llegó en 168 hasta Menfis para dirigirse a continuación a Alejandría donde, en un lugar llamado Eleusis se encontró con el romano. La entrevista, lejos de desarrollarse en el ambiente cordial que su vieja amistad podía hacer suponer, conllevó una gravísima humillación para el rey seleúcida: obligado a responder de inmediato a las peticiones de Roma, encerrado en un círculo trazado en el suelo por el propio Laenas, no quedaba a Antíoco otra salida que ceder a éstas. Consistían en su compromiso de deponer las armas y la evacuación de Egipto y Chipre (Pol. XXIX 27; Liv. XLV 12; App. *Syr.* 66; Just. XXXIV 3, 1-4).

b) La división del Imperio

Los cinco años ulteriores, del 168 hasta 163, están marcados por las dificultades internas entre los hermanos reinantes, los Ptolomeos VI y VIII, desarrolladas en un marco conflictivo en todos los aspectos, cuyas características son las mismas que, en definitiva, provocarán el hundimiento y posterior desaparición de la monarquía creada por Ptolomeo Lago: la revuelta de los indígenas egipcios contra los griegos dominadores, las intrigas cortesanas, favorecidas por la creciente importancia adquirida por eunucos y libertos y las disensiones en el seno de la familia real con continuas disputas por el trono entre hemanos y hermanas, de suerte que las pocas fuerzas restantes de la dinastía se agotan en estas querellas inútiles. Este último proceso no es muy distinto de aquel en medio del cual se extinguiría la otra gran monarquía helenística, la seleúcida. A su vez, el poder de Roma y el papel político adquirido en el Mediterráneo oriental, tuvo una influencia nefasta, al mostrarse siempre presta a impedir todo atisbo de renacimiento de los reinos allí establecidos.

Esta enemistad entre el dúo real tuvo un desenlace contrario a Filometor. Una sublevación en Alejandría donde Ptolomeo VIII tenía sus principales seguidores constriñó al primero a la huida. Finalmente ante la imposibilidad de continuar reinando de manera conjunta decidieron repartirse el Imperio: Filometor se quedaría con Egipto y Chipre mientras Fiscón reinaría en Cirenaica. El retorno del primero se hizo acompañado de una amnistía que ayudara al restablecimiento de la ley y el orden.

Filometor, en efecto, consagró los años posteriores de su reinado a esta tarea de reconstrucción interna, si bien nuestra información de los hechos concretos realizados en Egipto hasta su desaparición en 145 es escasa.

c) Los últimos años del reinado de Filometor

Sabemos, sin embargo, de la atención dispensada por Filometor a la cuestión judía. Sin entrar ahora a considerarla (*cfr.* tema de los Seleúcidas) basta decir que la familia sacerdotal encabezada por Onías IV, desplazada del poder por el nombramiento de Alkimos, buscó refugio en Egipto, dadas las simpatías con que los Lágidas, antiguos dueños de la región, contaban entre los sectores opuestos a los Seleúcidas. Filometor los acogió favorablemente, concediéndoles incluso tierras en el brazo oriental del Nilo (Josefo, *AJ* XII, 9,7; XIII 3, 1-3) autorizando a Onías a construir un templo en Leontópolis, réplica del de Jerusalén. Al propio tiempo, miembros de la comunidad judía desempeñaban puestos de responsabilidad tanto en la administración como en el ejército egipcios. Todo ello sólo puede explicarse por el deseo de Ptolomeo VI de captarse el apoyo de este pueblo con vistas a la recuperación de Celesiria, proyecto siempre presente en la política lágida.

En cuanto a Ptolomeo VIII las intrigas propugnadas por él no cesaron con la adjudicación de Cirenaica, insuficiente para sus pretensiones. En base a ello intentó hacerse transferir por Roma Chipre. Pero las requisitorias romanas hechas a Filometor en este sentido fueron rechazadas por el lágida, firme en su decisión durante años. El intento de Fiscón de apoderarse de la isla por la fuerza terminó en su captura por Filometor. Éste, no obstante, lo dejó libre, restituyéndolo en la Cirenaica y prometiéndole además a su hija Cleopatra, si bien el matrimonio no llegaría a efectuarse. El conflicto fraterno por fin se regularizó de este modo en 154.

Cronológicamente posterior, es la intervención de Filometor en los asuntos Seleúcidas, un paso más para lograr su objetivo sirio. La ocasión se la brindó la aparición en el escenario político seleúcida de Alejandro Balas, que usurpó el trono legítimamente ocupado por Demetrio I. Las demandas de apoyo de aquél a Filometor encontraron el eco deseado, estrechándose tales relaciones con el matrimonio entre Cleopatra Thea y Balas. Todo esto, unido a la manifiesta incapacidad política del usurpador, convertía a Filometor en el rector oculto del Imperio Seleúcida. La intervención directa de éste en Celesiria se produjo so pretexto de apoyar a su yerno contra las aspiraciones de Demetrio II que se aprestaba a defender con las armas sus derechos dinásticos. El cariz de los acontecimientos, favorables al pretendiente, determinó el paso de la alianza egipcia, incluida Cleopatra, a Demetrio II.

En la batalla de Oinoparas entre las tropas de Balas y las de Filometor, acaecida en 145, fue derrotado aquél y asesinado poco después. Pero también Ptolomeo, herido, moriría a continuación. La desaparición de este gran monarca fue nefasta para los intereses egipcios pues la Celesiria permaneció en poder de los Seleúcidas.

V. Los sucesores de Filometor y el fin de los Lágidas

1. Los sucesores de Filometor

Las continuas disputas por el trono entre los miembros de la familia real caracterizan esta etapa final de la monarquía lágida. Las repercusiones de estas luchas intestinas en el interior del país fueron graves, con un deterioro progresivo de la situación a todos los niveles.

a) El conflicto entre Cleopatra II, Ptolomeo VIII y Cleopatra III

La sucesión de Filometor recaía en su hijo Ptolomeo VII Neos Philopátor bajo regencia de su madre Cleopatra II. Pero reclamado Fiscón de Cirenaica por la población de Alejandría, éste, tras apoderarse de Chipre, llegó a Egipto. Ante este estado de cosas, Cleopatra aceptó a su hermano en matrimonio mientras su hijo Ptolomeo VII era asesinado. Pero unidos tan solo por el interés, sus relaciones no fueron fáciles. Ya una de las primeras medidas del nuevo rey fue la expulsión de Alejandría de intelectuales y artistas, precisamente aquellos que habían apoyado a Cleopatra II. El matrimonio de Fiscón con su sobrina Cleopatra III a la que encumbró por encima de su madre determinó la ruptura de las hostilidades entre ambos en 142. El conflicto se desarrolló por cauces difíciles de captar para nosotros, pero, en todo caso, parece que la población indígena, dirigida por el sacerdocio egipcio, explotó estas disputas dinásticas que en principio no les afectaban para intentar mejorar sus condiciones de vida, habida cuenta del proceso de concienciación en curso desde décadas atrás. En todo caso hacia 140 parece haberse producido la reconciliación entre los tres, favorecida por la embajada de Escipión Emiliano a Egipto.

La duración de esta situación sería breve, pues en 140-139 Ptolomeo y Cleopatra III debieron huir a Chipre. Cleopatra II se proclamó única reina, hecho contrario a toda la tradición egipcia, y que exacerbó todavía más la oposición con su hermano y marido Ptolomeo Fiscón. Tras la reina estaba el apoyo de griegos y judíos de Alejandría, de suerte que Fiscón buscó el de los indígenas para su retorno a Egipto, que se produjo en 131/-0. Era una guerra civil sembrada de toda suerte de hechos violentos en el interior del país. Pero también las fuerzas exógenas estaban llamadas a tener su papel. Cleopatra II llamó, en efecto, a Demetrio II, su yerno, en su auxilio, ofreciéndole compartir el trono egipcio, no obstante lo cual, los intentos del seleúcida de penetrar en el país fracasaron, impidiéndoselo Evergetes II en cuyo poder estaban los accesos al Delta. Así pues, Cleopatra II, encerrada en Alejandría y sin posibi-

lidades de otras ayudas, huyó a Asia en 129/-8. La ciudad que resistió todavía un año a Ptolomeo fue capturada en 127/-6, aplicándosele severas medidas, fatales para la supervivencia del Helenismo, tales como la disolución de toda clase de asociaciones religiosas, deportivas, etc., cuyos bienes fueron confiscados.

Tras ello, en 128, el lágida se decidió a intervenir directamente en los asuntos seleúcidas. El método empleado fue prestar su apoyo a un hijo adoptivo de Antíoco VII, Alejandro II Zabinas, un usurpador surgido frente a Demetrio II gracias a su aclamación por Antioquía. Ptolomeo VIII le retiraría poco después, ya en 124, su amistad para acercarse nuevamente a la viuda de Demetrio II, Cleopatra Thea, cuyo hijo Antíoco VIII Grypos casó con su hija Cleopatra Tryphaina.

Pero también en 124 se había producido la reconciliación entre los titulares reales lágidas, pues Cleopatra II figura a partir de esa fecha nuevamente como reina en los documentos. Tanto ella como Ptolomeo VIII se habrían dado cuenta de la imposibilidad de eliminar al contrario.

Para la pacificación del país, dividido de acuerdo con las dos facciones en el seno de la familia real, fueron necesarias medidas políticas con concesiones a ambas partes. Ello quedó reflejado en un decreto de amnistía promulgado en 118, concedida expresamente a todos los que hubieran participado en la guerra civil. En él se invitaba a los campesinos que hubieran huido a retomar sus ocupaciones, así como se establecían otra serie de medidas, variables según los distintos grupos sociales. Sobre todo a la masa de indígenas se le condonaron todas las deudas invitándolos a volver al trabajo. Sin embargo, este cúmulo de disposiciones para restablecer la paz y el orden llegaban demasiado tarde, pues la situación se había deteriorado irremisiblemente.

b) Egipto tras Ptolomeo VIII: división del reino

La muerte de Evergetes II se produjo en 116, dejando una sucesión dudosa, al arbitrio de su esposa Cleopatra III. Tenía dos hijos Ptolomeo IX, Filometor Soter II Lathyros y Ptolomeo X Alejandro. La pugna entre ellos caracteriza los años siguientes. A ello ha de añadirse la existencia de un bastardo, Ptolomeo Apion.

Dadas las preferencias maternas por el hijo pequeño, quiso nombrarlo sucesor, pero se le opuso Alejandría que prefería al mayor, nombrado gobernador de Chipre ya antes de la muerte de su padre. Por su parte Apion, bien fuera por disposición paterna o por sus propios medios, se alzó con el gobierno de Cirenaica. Egipto quedaba así dividido en tres partes.

Con diferentes alternativas Cleopa-

Testamento de Ptolomeo VIII

En el año quinto, en el mes de Leo (Marzo). Que la Fortuna me sea propicia.

Este es el testamento de Ptolomeo (VIII), el hijo del rey Ptolomeo (V) y de la reina Cleopatra (I), dioses de gran gloria, copia del cual ha sido enviada a Roma. Los dioses me conceden cumplida venganza de aquellos que han urdido contra mí su trama impía y han decidido privarme no sólo de mi reino sino de mi vida. Si el Fato mortal se apodera de mí antes de dejar herederos para el trono, lego el reino que me pertenece a los romanos, con quienes desde el principio he mantenido amistad y alianza sinceras. A ellos confío también la tarea de proteger mis intereses, rogándoles en nombre de los dioses y con su consentimiento, que si algún enemigo ataca las ciudades o el país, me presten ayuda con todo su poder de acuerdo con la amistad y alianza que hemos concluido y según justicia. Pongo por testigo de estas disposiciones a Júpiter Capitolino, a los dioses grandes, al Sol, al Apolo *Archegetes* a quien dedico el texto de estas disposiciones. Que la Fortuna me sea propicia.
(S.E.G. IX, 7)

tra logró desembarazarse de su hijo mayor en 107. Forzado a huir a Chipre, y perseguido todavía por su madre, debió hacerlo a Siria para desde allí reconquistar Chipre donde se instaló como rey. En Alejandría, Ptolomeo X Alejandro reinaba con su madre pero el autoritarismo de ésta le obligó asimismo a huir en 103-102. Volvió en 101 y mandó ejecutar a su madre. De este modo reinó como único soberano en Egipto hasta el 88 fecha en que su hermano Ptolomeo IX intentó penetrar de nuevo en su país por la fuerza. El encuentro entre ambos fue negativo para Alejandro que huyo y murió a continuación. Quedaba, por tanto, Ptolomeo IX como rey de Egipto y Chipre. En cuanto a la Cirenaica, su pérdida quedó definitivamente consagrada tras la muerte de Apion en 96, al legar en su testamento a Roma la *chora* de aquella región, acordando la libertad, sin embargo, a las ciudades griegas. El Senado, en todo caso, tardaría en hacerse cargo del legado, pues el primer gobernador y por tanto la creación legal de la provincia data del 74.

Durante sus últimos ocho años restantes de gobierno, pocas cosas pudo hacer Ptolomeo IX. En el exterior, se estaba desarrollando la campaña romana dirigida por Sila contra Mitrídates, pero la posición egipcia era sumamente delicada en este aspecto. El rey póntico se había apoderado, en efecto, de toda la descendencia masculina de los Lágidas cuando invadió Chipre, tanto de los dos hijos de Ptolomeo IX como del de Ptolomeo X. El panorama se complicó en el 84 cuando el hijo de éste logró huir y fue enviado a Roma por Sila.

Por otro lado, el panorama interior atravesó momentos de gravedad al estallar en el Alto Egipto una sublevación de amplias dimensiones con características similares a otras anteriores protagonizadas por los indígenas. Sofocarla, en efecto, conllevó tres años de luchas que culminaron con el saqueo de Tebas.

El rey no sobreviría apenas a estos hechos. Murió en 81-80.

2. Fin de los Lágidas

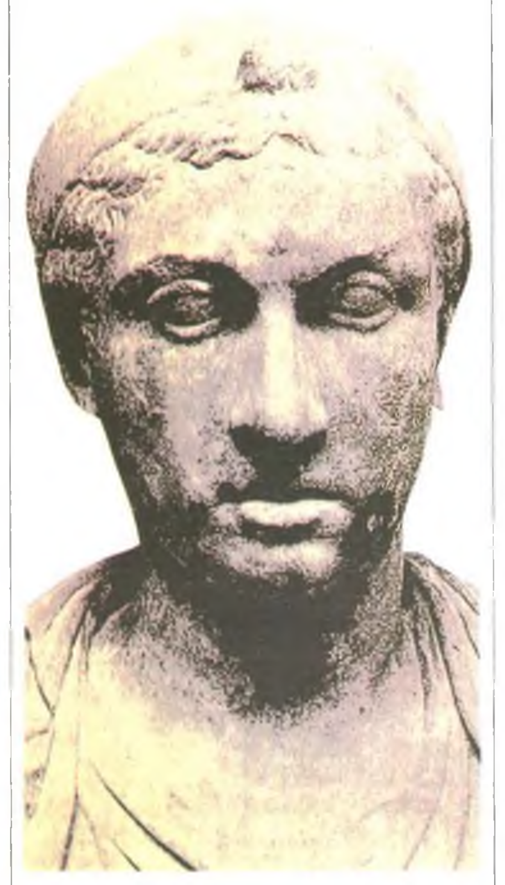
Por sus condicionantes geográficas, Egipto se vio libre del peligro de conquista por pueblos ajenos. Tampoco surgieron otros poderes capaces de discutir la hegemonía detentada por la dinastía fundada por Ptolomeo Lago. Fueron sus propios miembros los que progresivamente alejados de la realidad egipcia consumieron, encerrados en la ciudad griega de Alejandría, las pocas fuerzas que les iban quedando en estos ininterrumpidos conflictos, caldo de cultivo para todo tipo de sentimientos y acciones perversas. Así, libre de toda amenaza externa, la intromisión directa de Roma llegó con retraso respecto a otras regiones del Oriente helenístico.

El único miembro de la dinastía presente en Alejandría a la muerte de Ptolomeo IX era su hija Cleopatara Berenice, viuda de su tío Ptolomeo Alejandro. Para reinar con ella fue enviado de Roma el hijo de éste, Ptolomeo XI Alejandro II. Pero tras tres semanas de matrimonio la hizo asesinar. No obstante, en la revuelta subsiguiente en protesta por este hecho el rey murió también.

Volvía a plantearse, así, el problema sucesorio, agravado por la existencia de un testamento del rey difunto en el cual legaba Egipto y Chipre a Roma, en compensación, sin duda, por el apoyo a él prestado. El interés de Roma en no provocar una situación violenta —había de hecho impedimentos jurídicos en torno a la autenticidad y validez del testamento— a lo que ha de añadirse como factor más importante el conflicto de intereses entre los diferentes grupos políticos actuantes en Roma— justificó que se optaba por colocar en el trono a los legítimos sucesores, los hijos de

Ptolomeo IX, que, en poder de Mitrídates, habían logrado hacerse presentes en Egipto, aunque desconocemos cómo. En todo caso en el 80 fue nombrado rey el mayor, Ptolomeo XII Auletes, mientras el pequeño, Ptolomeo sin otro apelativo, lo era de Chipre. Auletes tardaría veinte años en hacerse reconocer por Roma, empleando en ello buena parte de los recursos disponibles.

En el 63 Cicerón tiene como uno de sus principales puntos en el programa de su consulado una ley agraria donde se contemplaba el Egipto legado por Ptolomeo XI. Aplazada su ejecución, en el 59 elegido cónsul, César, y en alianza política con Pompeyo y Craso, propugna una solución contraria que conllevó finalmente el reconocimiento de Auletes por el Senado como rey de Egipto. Poco después, sin embargo, en 58, Chipre, por una *Lex Clodia de Cypro* fue unida a la provincia romana de Cilicia. Ptolomeo se suicidó.



Busto de Cleopatra VII
(Años 50-30 a.C.)
Museo Vaticano

Este hecho provocó una reacción violenta en Alejandría contra Auletes que se vio constreñido a huir vía Rodas a Roma donde se puso bajo protección de Pompeyo. Finalmente fue restablecido en el trono en el 55 con la ayuda militar del gobernador de Siria A. Gabinio, pagado por el mismo Auletes. Su reinstauración fue seguida por una política de terror contra sus adversarios.

A la par la presión fiscal sobre la población indígena alcanza con su reinado proporciones insospechadas. Necesitado de grandes recursos para financiar los apoyos externos recibidos y las tropas encargadas de su protección personal y del cumplimiento de la política fiscal, la explotación de los indígenas era total. Ello motivaría a su vez el abandono de pueblos y campos, bandolerismo y un descontento, con brotes activos, generalizado.

A su muerte, acaecida en 51, el reino quedaba en manos de sus hijos Ptolomeo XIII y Cleopatra VII. Pero la personalidad de ésta, superior a su hermano en todos los aspectos, hicieron que desde los comienzos la convivencia entre los dos fuera difícil, agravada aún más por la situación interior del país donde una gran sequía había llegado a provocar el hambre entre la población. Cleopatra por las insidias de los consejeros de su hermano y marido se vio obligada a abandonar Alejandría, para reclutar tropas en la frontera oriental de Egipto. Mientras, Ptolomeo XIII establecía en Pelusion su sistema defensivo.

Así las cosas, desembarcó en Alejandría, abandonada por ambos re-



Cabeza atribuible a Cleopatra VII
(Años 50-30 a.C.)
Museo Británico

yes, Pompeyo tras su derrota por César. Pero fue asesinado de inmediato, para ser entregada su cabeza a César cuya llegada se produjo poco días más tarde. Llamó a Ptolomeo XIII a Alejandría bajo ciertas condiciones, a saber, licenciamiento de su ejército, liquidación de las deudas pendientes de Auletes y reconciliación con su hermana. Pero, mientras tanto, había comenzado la relación entre César y Cleopatra. La sublevación que estalló en Alejandría condujo finalmente a un enfrentamiento directo en el que encontró la muerte el rey. Victoriosa, Cleopatra se casó con otro hermano, Ptolomeo XIV. Tras ello, efectuó con César un reconocimiento del país hasta Nubia. Regularizada la situación, César partió dejando embarazada a Cleopatra y varias legiones bajo mando de su fiel Rufio.

Tras el nacimiento de Cesarión, el hijo de César y Cleopatra, acaecido en 47, la reina se dirigió a Roma so pretexto de renovar el tratado de amistad y alianza. Independientemente de los proyectos políticos que tuvieran uno y otro, cuyo contenido será siempre hipotético pues ningún reflejo documental existe de ellos, lo cierto es que César no hacía mención de Cesa-

rión en el testamento que se leyó tras su asesinato en el 44. Cleopatra, así, regresó a Egipto, poniendo como corregente a su hijo, Ptolomeo XV César, cuya edad hacía de Cleopatra, de hecho, la única reina de Egipto.

Durante estos años y hasta producirse el encuentro con Marco Antonio, Cleopatra acentuó su ligazón con las antiguas tradiciones egipcias, puesto de manifiesto especialmente en los aspectos religiosos. Sus principales apoyos estaban precisamente entre los sectores de población indígena, pues en Alejandría era poco popular. Ello conllevó que durante su reinado las revueltas en la *chora* egipcia se calmaran, pasando a disfrutar de un período de paz, de suerte que los sacrificios económicos a los que fue obligada fueron aceptados de mejor grado que con sus predecesores.

El año 41 tuvo lugar en la Cilicia Tarso el susodicho encuentro entre Cleopatra y Marco Antonio, enviado con el fin de poner orden en el Mediterráneo Oriental, donde la autoridad romana aparecía aquí y allá puesta en entredicho al socaire de las guerras civiles que sacudían al Imperio Romano en aquellos momentos. La reina de Egipto fue llamada por el comandante romano con objeto de aclarar asimismo su posición en ellas. La relación sentimental surgida entre ambos hizo a Antonio volver a Alejandría durante el invierno del 41-40, pero la amenaza parta sobre el sur de Anatolia y Siria, fortalecida con la alianza de dinastas sirios que se sentían amenazados por la unión entre Cleopatra y Marco Antonio, le obligó a salir de Egipto y a fortalecer su relación con Octaviano. En Brindisi se acordó en el 40 la paz entre ambos y el matrimonio de Antonio con Octavia, la hermana del triunviro, siendo el más importante de los acuerdos adoptados entonces, el reparto de áreas de influencia para ambos. A Antonio le correspondió Oriente con la misión de terminar la guerra contra los partos; a Octaviano, Occidente.

El comandante romano llegó a Oriente más tarde de lo planeado por las complicaciones surgidas en Occidente. Convencido ya de la necesidad de concentrarse allí, prescindiendo de Italia, asentado en Antioquía llamó de nuevo a Cleopatra, alejando de su lado a Octavia. La ayuda de Egipto era, en efecto, imprescindible para eliminar la amenaza parta y fortalecer el Imperio Oriental. A su vez, Antonio representaba para Cleopatra la última oportunidad de revitalizar Egipto y con él su propia dinastía. Los interese políticos aparecían así íntimamente relacionados a los pasionales. Allí, en Antioquia, conoció Antonio a los hijos gemelos nacidos de su unión con la reina egipcia: Alejandro Helios y Cleopatra Selene.

También entonces en 37-6 Marco Antonio reorganizó totalmente los territorios romanos orientales, dotándoles de una nueva configuración. Otorgó a Egipto parte de los territorios sirios —no la totalidad de las antiguas Celesiria y Fenicia como Cleopatra deseaba— y Cilicia Traquea. Era la compensación de la ayuda material dispensada por Egipto.

Por lo demás, la previsible ruptura con Octaviano acaece poco después, en el año 35. Antonio, actuando en consecuencia, remodeló el sistema político construido por él en Oriente, haciendo ahora de Alejandría su centro: Cleopatra fue proclamada Reina de Reyes, Cesarión, corregente, Rey de Reyes; para Alejandro Helios se le destinaba el reino de Armenia y los países al Este del Éufrates; a Ptolomeo Filadelfo se le reservaban los países al Oeste del Éufrates, del Helesponto a Fenicia; a Cleopatra Selene le asignaban Libia y Cirenaica.

Toda esta edificación política naufragó con el desastre de Accio el año 31. Con el suicidio de su reina terminó la dinastía lágida y la libertad de Egipto como monarquía independiente.

VI. Economía y Sociedad

De entre las grandes entidades estatales helenísticas, el Egipto ptolemaico es el mejor conocido en lo referente a los mecanismos económicos. Ello se debe a la rica documentación ofrecida por los papiros griegos y demóticos que nos falta para los demás reinos. No obstante, su información es también parcial por cuanto atañen al agro egipcio dependiente directamente de la administración real y, por su misma localización, proceden en gran parte de dos aldeas enclavadas en el oasis del Fayum: Filadelfia, donde se encontraba el gran dominio concedido por Filadelfo a su ministro Apolonio, del que hablaremos con detalle, y Tebtunis. Tenemos información asimismo sobre las condiciones en que debían efectuarse lòs arrendamientos, también de época de Ptolomeo Filadelfo, recibos de impuestos, contratos privados, etc.

En general, la estructura del Egipto Lágida no representa ninguna novedad sustancial respecto a los períodos históricos anteriores, pues recuperó, en efecto, la de época faraónica. La innovación consistió en la superposición de un elemento étnico nuevo, extraño en el país, sobre el resto de la población: los griegos, más concretamente los macaedonios. La presencia griega, subsiguiente a la conquista por los macedonios de Alejandro y determinada por ella, era el resultado de una fuerte inmigración, cuyos componentes eran tanto soldados, como intelectuales en amplio sentido del término —profesionales especilizados en alto grado, pensadores, etc.— como comerciantes de diferente envergadura. Estas minorías griegas, conformaban en las monarquías helenísticas una especie de superestructura dentro de las sociedades que las acogieron, en las que engrosaron los estamentos dirigentes y más favorecidos. Ahora bien todo apunta a que los griegos no llegaron a elaborar una teoría política del estado helenístico, entendido como fusión de elementos étnicos diversos y distribución de las responsabilidades políticas entre estos mismos componentes. Simplemente, se agregaron al poder central o establecieron con él una relación privilegiada.

Este nuevo poder representado por los griegos llevaba consigo posibilidades de unificación —así las formas del poder monárquico, la posición de los indígenas, etc.— pero producía a la vez elementos de tensión, bien hacia las aristocracias locales, laicas o sacerdotales, o bien hacia las formas de vida, cultural, organización o economía, de los indígenas.

En Egipto, de todos modos, las posibilidades de actuación del elemento griego eran más restingidas que en otras monarquías helenísticas del Oriente Mediterráneo, pues su pre-

sencia estaba ligada de hecho al fenómeno del urbanismo, de la multiplicación de ciudades de tipo griego, lo cual en Egipto fue sumamente limitado. Los ptolomeos, en efecto, redujeron sus esfuerzos a la fundación de Tolemaida, en los confines meridionales del país, cuya misma ubicación refleja su finalidad quizá en principio militar. Por lo demás, se consolidó la fundación de Alejandro, Alejandría, hasta convertirse en la más importante metrópoli del mundo helenístico, mientras el viejo emporio de Naucratis simplemente subsistía. Junto a estas ciudades, es necesario hacer una mención de las cleruquías, establecidas en la *chora* egipcia, donde eran asentados los soldados reservistas del inmenso ejército ptolemaico, cuya subsistencia estaba garantizada mediante la asignación de *kleroi* o lotes de tierra. De todas formas, los clerucos se insertaron en las antiguas estructuras de la aldea sin que éstas sufrieran alteraciones. El país tenía así un carácter, una estructura, marcadamente rural donde el elemento prevalente es la *chora*, el campo, cuyo contrapunto se encontraba en Alejandría. Es decir, se daba una coexistencia entre las estructuras de la aldea con las de la ciudad pero con una importancia acentuada de las primeras, lo que en Egipto aparece más marcado que en otras zonas del Oriente helenístico.

Esta clasificación, debida a Rostovtzeff (*cf.: Hª social y económica del mundo helenístico* I p. 279 y s.), puede ciertamente discutirse en cuanto que la misma terminología y documentación es oscura y no resuelve todas las cuestiones que puedan plantearse, pero básicamente es aceptable y, con matizaciones, suele ser admitida por los estudiosos de estos temas. Nos ceñiremos, pues, a ella.

Por lo que a la tierra se refiere, y de acuerdo con el principio general de que el rey era el propietario de toda la tierra de Egipto, concepción ésta heredada de la época faraónica, había dos tipos fundamentales de propiedad: la tierra real o *chora basiliké* y la concedida o *ge en aphesei*, sin que podamos evaluar exactamente la extensión de una y otra. En todo caso, hay varios tipos dentro de la segunda clase: la sagrada o de los templos; la utilizada para remunerar a los distintos servidores del Estado (*ge en syntaxei*); la tierra regalada (*ge en dorea*) dedicada a los más altos servidores del rey, militares o civiles; la de propiedad privada (*ktemata* y *ge id ioktetos*). En todo caso, y de acuerdo con la idea arriba expresada, el uso de la tierra no era un derecho conferido a los particulares sino una concesión de los reyes.



Figura alejandrina en bronce de una danzarina. Colección Baker, New York.

1. Tierra real o *chora basiliké*

Su explotación corría a cargo de los campesinos reales, denominados *laoi basilikoi* o *georgoi basilikoi* que en Egipto a diferencia del Imperio Seleúcida, eran de condición libre, no fijados a la tierra. Vivían agrupados por aldeas y cada uno estaba registrado de acuerdo con su lugar de residencia o *idia*, lo cual no implicaba que le estuviera vedado cambiar de domicilio, sino que gozaban de libertad de movimientos. Así, al menos, son las líneas generales. La documentación a nuestro alcance tampoco nos permite aprehender con absoluta seguridad si la situación descrita era uniforme para la totalidad del país, o si había otras situaciones no contempladas en nuestros testimonios, siempre, lamentablemente, parciales. Su relación con el rey se establecía mediante contratos escritos de duración más o menos prolongada según las épocas. Más breves al principio, ya en el S. II eran normalemente por períodos más amplios. De todos modos, la información sobre este aspecto no es directa, sino a través de los datos sobre las tierras concedidas como regalos o a clerucos. En las aldeas, la autoridad real estaba representada por una serie de funcionarios u oficiales gubernamentales, como el «jefe de aldea» o *komarches* y el escriba local o *komogrammateus* sometido a su vez a los escribas reales o *basilikoi grammateis*. Mayor rango tenía el económico, *oikonomos*, representantes del rey en el *nomo*, cuyos agentes se encargaban de inspeccionar los más recónditos lugares dentro de su jurisdicción.

Los *laoi* estaban obligados al pago de determinados impuestos, cuya lista es verdaderamente asombrosa por lo amplia. Así, el *stephanos* o impuesto para la corona, la *artabieia* o tasa sobre la tierra sembrada que se elevaba a un *artabe* por *arura*, etc. Aparte de éstos, su contribución fundamental es el *ekphorion* o renta pagada por el lote de tierra real cultivado. No sabemos con seguridad su monto, pero parece claro que en época ptolemaica, a diferencia del período faraónico, no era un porcentaje fijo sino variable de acuerdo con consideraciones determinadas, tales como tipo de cultivo, la cosecha recogida, situación de la tierra, etc. Todo esto constituye, en efecto, un reflejo de la planificación a que estaba sometida la agricultura en la tierra real.

La siembra era objeto de la *diagraphe sporou* o disposición reguladora del cultivo, de acuerdo con la planificación de la economía de obligado cumplimiento. Éste era vigilado por funcionarios reales bajo supervisión del ecónomo del *nomo* que controlaba la situación de la siembra. Tanto las semillas como los aperos de labranza eran prestados a los campesinos por los servicios del rey.

En el caso del trigo, una vez recogida la cosecha, se trillaba en la era comunal, convenientemente vigilado por guardias especiales, y allí mismo se efectuaba la división entre lo debido al rey y lo correspondiente al campesino, es decir, el importe del arriendo del lote más el pago de otros impuestos y la devolución del préstamo de la semilla —un artabe por arura—. Tras estas deducciones, el campesino se quedaba con el resto, cuya cuantía no llegaba ni a la mitad de la cosecha.

El trigo entregado a la corona era depositado en múltiples silos bajo el control de los guardadores de grano o *sitologoi*, para ser transportado después a los grandes graneros de Alejandría, desde donde era distribuido de acuerdo con las disposiciones reales, bien entregado al ejécito, o para donaciones a otras ciudades griegas, o, simplemente, para su venta tanto en el interior del país, como fuera de él. En cuanto a otro tipo de productos recolectados, el procedimiento era similar, pues su producción también estaba planificada y, por lo

mismo, estrechamente controlada.

Este sistema de explotación agrícola necesitaba para su funcionamiento como requisito previo un exacto conocimiento de la extensión de tierra cultivable, las clases de ésta y las parcelas o lotes existentes. Por tanto, su fijación en los registros correspondientes era una tarea a la que se dispensaba gran atención, siendo competencia de la administración local el efectuarla.

Factor de capital importancia en la agricultura egipcia era el sistema de regadío. Realizado ya con los primeros faraones, es decir, en los albores de la época histórica egipcia, los Ptolomeos no hicieron sino continuar la tarea y perfeccionarla. No podemos detenernos a analizar aquí hasta qué punto la construcción y mantenimiento de la red de canales y diques determinó la conformación de la sociedad no sólo en Egipto sino en todas aquellas áreas del mundo antiguo, sobre todo las ciudades mesopotámicas, con unos condicionantes similares a los impuestos en Egipto por las crecidas periódicas del Nilo. Éstas, en todo caso, debían necesariamente ser controladas mediante una red de distribución de sus aguas de manera que pudieran aprovecharse del mejor modo posible. Pero este sistema tenía como *conditio sine qua non* el trabajo obligatorio que la práctica totalidad de la población debía realizar en momentos determinados. Como se trataba de un servicio comunal no estaba remunerado. Su exención, conseguida por determinados grupos, conllevaba una compensación económica.

2. Tierra sagrada

Los templos eran tradicionalmente en Egipto grandes detentores de tierras cuyo título de propiedad correspondía *sensu stricto* a la divinidad. Los faraones ofrecieron tierras a los dioses, con objeto de que sus ingresos sirvieran para sufragar el culto real al mismo tiempo que el de los dioses. Las consideraciones de carácter general hechas más arriba son válidas también para ellos. Con relación a dichas propiedades, los Lágidas no introducirían modificaciones drásticas respecto a la situación existente a su advenimiento, es decir, no las secularizaron o confiscaron; más bien los testimonios apuntan a lo contrario: realizaron hacia ellos una política de generosidad, donándoles ciertas extensiones, de acuerdo igualmente con la práctica implantada por los antiguos faraones. Pero, bajo la apariencia de continuidad, hubo de hecho una modificación en sentido de recortar su independencia económica y política, pues el poder central parece haber intervenido en el desarrollo de las actividades económicas llevadas a cabo en el marco de los templos. Ello conllevaría su sumisión al control estatal. Un ejemplo elocuente de ello puede ser la decisión adoptada por Filadelfo de traspasar a la gestión real al menos uno de los impuestos destinados al culto. En el 259 transfirió al culto de Arsínoe II los ingresos obtenidos por la recaudación del sexto del producto de viñedos y huertos, recogidos antes directamente por los templos. De todas las maneras, los reyes se vieron obligados en ocasiones a retornar a la situación anterior para poder seguir contando con el apoyo de los sacerdotes. Ello se dio sobre todo en los convulsionados períodos del S. II hasta el punto de que los Lágidas debieron desistir del derecho de administrar los bienes sagrados.

En todo caso las tierras sagradas, del mismo modo que todas las demás, estarían registradas, tanto en lo relativo a su exacta extensión como a los cultivos y producción obtenidos de ellas. De ésta se pagaba también una renta al poder central que, no obstante, retornaría a los sacerdotes en forma de contribución de aquél al

mantenimiento de los templos (*syntaxis*). En caso de producirse excedentes, sería el gobierno el encargado de administrarlos.

Los habitantes de la *hiera chora* se denominan genéricamente *hierodouloi* o esclavos sagrados. A su cargo corría la explotación de las tierras sagradas. Su situación jurídica parece haberse modificado en época helenística, no de manera sustancial, pero sí en el sentido de gozar de mayor libertad por más que la divinidad fuera teóricamente propietaria de ellos. Se trataría en definitiva de una titularidad de orden espiritual no física.

3. Tierra de clerucos

Era la concedida en explotación a los componentes del ejército, que de este modo estaba en la reserva siempre puesto a ser convocado si llegaba la ocasión. Se trataba, como era habitual en el mundo helenístico, de mercenarios de origen macedonio o griego en general, pero también de otras procedencias diversas. El pago de sus servicios no se hacía, por tanto, en dinero contante sino en tierras, cuyo producto bastaba holgadamente para su sustento y el de sus familias. Pero no sólo consideraciones económicas motivaron a los Ptolomeos a seguir este sistema. Otra causa importante fue su deseo de vincular a sus soldados al suelo egipcio de forma que lo consideraran su nueva patria, pues la defensa de esos intereses les atañía más directamente que al soldado profesional simple.

Estos clerucos tenían sus lotes o *kleroi* distribuidos por todo el país, adscritos a las diferentes aldeas o ciudades. Su tamaño era variable de acuerdo, lógicamente, con su graduación. Las tierras eras distribuidas por el rey, para lo cual las desgajaba de la *chora basiliké*. Estas cesiones, en principio, eran revocables, no vitalicias ni hereditarias, pero con el paso del tiempo se fueron haciendo cada vez más estables en el seno de las mismas familias, de suerte que, manteniéndose el principio teórico, en la práctica era de otra manera.

En cuanto a la explotación de la tierra propiamente dicha, los clerucos podían hacerlo bien directamente o arrendándola a su vez a otros campesinos indígenas, si las ocupaciones bélicas les obligaban a estar ausentes demasiado tiempo. En todo caso, estaban sometidos al pago de una serie de impuestos, como el *stephanos* debido a la corona, la *artabieia* sobre la tierra sembrada, el *phylatikon* por el servicio de vigilancia, el *iatrikon* por el médico, etc.

Su situación presenta realmente bastantes concomitancias con la de los *laoi*, si bien con diferencias esenciales. Así, los clerucos estaban libres del pago del *ekphorion* y de los trabajos obligatorios al servicio del sistema de irrigación, por más que pudieran ser requeridos para prestaciones extraordinarias. Como los de los campesinos normales, sus lotes estaban rigurosamente registrados y la siembra y cosecha vigiladas de cerca por el aparato administrativo al servicio del rey. No obstante, en cuanto a la elección del producto o productos tenían más posibilidades de libertad no estando sometidos, por tanto, a la *diagraphe sporou*, programación de siembra que afectaba a las tierras reales, si bien es probable que necesitaran de un permiso expreso para actuar así. En todo caso, la introducción de cultivos nuevos es un hecho bastante frecuente en las tierras de clerucos.

4. Dorea

Ya hemos mencionado que este tipo de tierra la conformaban las partes de la *chora basiliké* atribuida por los reyes a colaboradores suyos como recompensa. Nuestro conocimiento sobre ella es muy completo para la

existencia de una rica documentación papirológica sobre uno de estos *dorea*: el atribuido a Apolonio, dioceta de Filadelfo. La correspondencia mantenida por aquél con su intendente Zenón nos ilustra sobre aspectos muy concretos. Estaba ubicado en Filadelfia, junto al oasis del Fayum, y la explotación de las grandes extensiones de esta dorea —unas 2.500 Ha— es un ejemplo magnífico de la diversificación de cultivos, mejorando los existentes anteriormente pero introduciendo y daptando otros nuevos en un intento de practicar una agricultura de alto rendimiento. A la par, una actuación similar se registra en otras ramas económicas como la ganadería, donde, por ejemplo, se pretendieron aclimatar corderos milesios.



Bajorrelieve del templo de Dendera representando a Cleopatra VII

Como en las tierras asignadas a los clerucos, el rey, tras la transferencia de los lotes a las *doreai*, seguía conservando el título de propiedad. No obstante, este derecho no sería ejercido en la práctica. De hecho, la *ge en dorea* fue el pilar fundamental sobre el que se constituyó la propiedad privada.

5. Tierra de propiedad privada

Su existencia en Egipto es indudable, si bien su origen es más dudoso. Lo que de esta clase de tierra existiera precedentemente perviviría sin cambios bajo los Lágidas, pero, de todas las maneras, parece claro que fue esta dinastía la que impulsó decididamente la existencia de propiedades privadas. Es indudable también que el incremento de la economía monetaria, ligado al advenimiento de la monarquía macedonia en Egipto, y, en general, la actividad económica propulsada por los griegos coadyuvaron al desarrollo de la propiedad privada de la tierra. Por lo demás, y, como ya se ha dicho a propósito de otros tipos de tenencia, los particulares, cualesquiera que fueran, estaban obligados al pago de impuestos y sometidos a la vigilancia de los funcionarios reales.

La planificación económica impuesta por los Ptolomeos estaba encaminada a la consecución de dos objetivos primordiales: la autarquía, para depender lo menos posible de productos foráneos, y el mantenimiento de una balanza de pagos favorable, es decir, que las exportaciones fueran más abundantes que las importaciones, lo cual proporcionaba ingresos cuantiosos. A ello consagraron todos sus esfuerzos, procurando obtener un desarrollo óptimo de los ricos recursos naturales de Egipto, aumentando no sólo el área de tierra cultivada sino el número de produc-

tos sujetos a explotación y perfeccionando los sistemas de reconversión y manufactura.

Lugar predominante en la agricultura egipcia lo ocupaba el trigo. Su producción fue impulsada decididamente desde el poder central con vistas a la exportación para lo que, a la par, se mejoró la calidad del grano cultivado. Así, Egipto, no sólo era autosuficiente, sino uno de los principales abastecedores del mundo mediterráneo. Además de trigo, los Ptolomeos impulsaron decididamente el cultivo de dos productos fundamentales: vino y aceite de oliva, cuyo consumo se daba sobre todo entre la población griega. Aparte de éstos, se cultivaban una gran multiplicidad de productos que no es necesario enumerar, unos típicos de Egipto desde tiempos pretéritos, otros, como los citados, introducidos por las exigencias de una población heterogénea, habituada a usos distintos de los egipcios. (f. la obra clásica de Cl. Preaux, *L'économie royale des Lagides*, Bruselas 1939 y M. Rostovtzeff. *Hª Social y económica del mundo helenístico* I). De todo lo producido y vendido en Egipto, el rey en concepto de arriendo o de impuestos recibía una parte.

Una rama importante dentro de la actividad económica general del país era la industria. En este aspecto, los Lágidas, además de proseguir la producción de los artículos tradicionales del país y objeto de exportación —papiro, telas, vidrio, etc.—, propulsaron la fabricación de otros cara a su consumo interior y exterior por una clientela, compuesta sobre todo de griegos o gentes acostumbradas al modo de vida helénico, lo cual se enmarca en este ideal de autarquía que pretendían conseguir.

La industria, al igual que la agricultura, estaba también planificada o dirigida.

Puede decirse que ambas estaban conectadas por cuanto una serie de productos agrícolas eran objeto de



Escultura alejandrina de una niña.
Museo del Louvre

una producción industrial intervenida por el Estado. Conformaban este sistema los llamados monopolios. Antes de exponer brevemente su funcionamiento, diremos que su finalidad última era asegurar beneficios al rey. En el Egipto helenístico, los impuestos en especie seguían siendo importantes dado que el uso de la moneda sólo se generalizó con los Ptolomeos. Los reyes, para garantizar la reducción a dinero de los impuestos de los productos de la industria agrícola, recurrieron a la figura del contratista o arrendatario de impuestos. Este asumía la recaudación, pero, previamente, necesitaba evaluar el rendimiento del impuesto a recaudar, para lo cual el rey le garantizaba un mínimo de productos imponibles, compromiso este de cuyo cumplimiento se ocupaban los funcionarios encargados de supervisar la ejecución de los distintos programas de producción.

En cuanto al mecanismo por el que se regían los monopolios, conocemos con detalle el de los aceites vegetales, pues se conserva la ley, de época de Filadelfo —la *nomos elaikes*— que regulaba esta faceta de la economía real. Atañía a los aceites vegetales de uso más corriente en Egipto: sésamo, ricino, cártamo, calabaza y linaza. El abastecimiento de las materias primas corría a cargo de los cultivado-

res, pero era el gobierno central quien disponía la superficie dedicada anualmente al cultivo de estas plantas oleaginosas, fuera de la cual no estaban permitidos. La semilla era proporcionada por el gobierno, si bien posteriormente era devuelta. La cosecha se recogía bajo estrecha vigilancia de contratistas y funcionarios, los cuales previamente habían estimado su cuantía de acuerdo con el campesino. Sobre dichos presupuestos era vendida al arrendatario, a los precios fijados. Si se producía déficit respecto a las estimaciones realizadas, eran los funcionaros los encargados de subvenir a éste. Los campesinos entregaban la totalidad de la producción sin que pudieran guardar parte de ella para su venta libre. Posteriormente, se llevaba para su transformación en aceite a las aceiterías estatales o a las de los templos, sometidas siempre, unas y otras, a control. Las prensas de los templos, además, eran selladas cuando terminaba el período de actividad, para evitar su utilización privada y fuera de vigilancia, es decir, suprimir la producción clandestina. El aceite extraído era vendido a los minoristas en la cantidad que se comprometieran a vender posteriormente. Su precio era más alto del vigente en los mercados situados fuera de Egipto de forma que, para proteger el mercado interior, las tasas sobre el aceite extranjero eran muy elevadas, llegando hasta el 50%.

Lo expuesto indica que el control de la producción tenía una finalidad fiscal, pues con él se pretendía garantizar al arrendatario el producto sobre el que se percibía el impuesto de *elaike*, cuya recaudación había aquel garantizado al rey.

En Egipto, la producción industrial constituía uno de los aspectos de la economía real. Había talleres reales donde se fabricaban todos aquellos productos requeridos para el consumo del palacio. Pero junto a éstos ha de constatarse la existencia de una industria doméstica, presente en todos los rincones del país. Esta tenía como misión atender las necesidades familiares, pero también trabaja para el rey y para el público en general con una fabricación normalmente de objetos de uso cotidiano.

Al hablar de la industria egipcia, la mención de los templos es imprescindible. Su tradición en este aspecto era grande, pues durante la época faraónica habían sido centros industriales importantes y continuaron siéndolo a lo largo del Helenismo. Sus talleres contribuían así a la riqueza de los templos, basada también en los ingresos obtenidos de sus propiedades territoriales y en los dones obtenidos de los reyes tanto en especie como en dinero, si bien los Lágidas, como ya hemos mencionado, intervinieron en su gestión económica, recortando así su independencia.

Los talleres sagrados contaban por esa misma tradición con obreros muy especializados, responsables de la manufactura de artículos renombrados. Así, por ejemplo, la de tejidos de lino fino, el afamado *byssus*, biso que los sacerdotes podían comercializar en el extranjero. Rostovtzeff (*op. cit.* I, p. 303) opina incluso que los Ptolomeos tomarían de los templos la organización de la industria egipcia y el modelo de los monopolios, naturalmente, modificado.

La planificación de la economía egipcia dio a los Lágidas los resultados apetecidos, pues Egipto, rico de por sí, aumentó su riqueza mediante la reorganización de su agricultura e industria. La deseada autarquía se consiguió así en la medida de lo posible, teniendo en cuenta que el país no producía de todo absolutamente. Los metales, por ejemplo, debían en parte importarse, si bien durante mucho tiempo pudieron ser aportados por las posesiones egipcias exteriores. Tal es el caso entre otros del cobre —cuyo abastecimiento corría a cargo de Chipre— y parcialmente de la plata. La

madera, fundamental para la construcción naval, encontraba en Siria, Cilicia y Licia su fuente de aprovisionamiento. Pero tampoco en las regiones del Imperio Egipcio contaban con todo lo imprescindible para subvenir a la completa totalidad de las necesidades del país.

Las relaciones comerciales jugaban, pues, un papel muy importante, pero no sólo cara a la adquisición de productos no existentes en Egipto, sino también a la exportación de los excedentes. Tales corrientes seguían sobre todo tres direcciones: África oriental, Arabia e India; ámbito egeo y póntico, y zona occidental y nordoccidental.

El comercio con las zonas menciondas en primer lugar era de *aromata* y otras materias primas algunas de las cuales, de lujo, eran transformadas para su consumo interior y también para exportación. Así, el marfil, conchas de tortuga, perlas, seda, etc. Con el Egeo el principal producto comercializado era grano del que el mundo griego era tradicionalmente deficitario. También exportaban papiro y otros objetos manufacturados de lujo. En cuanto a la tercera zona, la importancia cuantitativa del comercio era menor y los productos intercambiados serían bien caballos —de Cirenaica— o metales por vajillas, vidrio, etc. de Egipto.

De la organización del comercio se sabe muy poco. Se concentraba sobre todo en Alejandría pero no solo allí. A través del Nilo se podía llegar navegando hasta las regiones interiores, pero desconocemos los mecanismos por los que se regían los intercambios. En todo caso, las necesidades comerciales dictaron la política monetaria de los Ptolomeo. Se emitieron monedas de cobre, destinadas a su empleo en el interior del país, tetradracmas de plata, de utilización practicamente exclusiva en Alejandría, posesiones exteriores de Egipto y países extranjeros en general, monedas de oro —como las pentadracmas (*trichrysa*)— acuñados por Soter y los posteriores octadracmas —*mnaeia*— y tetradracmas de Filadelfo y Arsínoe —empleadas tan solo para el comercio exterior—. Por lo demás, el sistema monetario egipcio se impuso como obligación en sus posesiones exteriores, donde quedaron prohibidos otros tipos de acuñaciones. Esta uniformidad monetaria subrayaba la particularidad de Egipto y su Imperio respecto al resto del mundo helenístico.

Pero el sistema monetario ptolemaico alteró de manera considerable las condiciones económicas dentro de Egipto. Ciertamente la moneda era conocida en época pretolemaica, pero su circulación quedaba restringida a los estratos superiores de la población y a los extranjeros. Los indígenas del interior tenían arraigado el sistema del trueque por el que se regían y es difícil precisar en qué medida fue reemplazado por la utilización de la moneda con posterioridad a la conquista de Alejandro, pues los papiros conservan evidencia clara tanto de la pervivencia del trueque, como de la escasez de numerario. Incluso los impuestos eran pagados unos en *naturalia* otros en dinero.

Por último diremos algo sobre los grupos de población presentes en la sociedad egipcia, fuera de la realeza.

El último peldaño de la pirámide social estaba conformada por los esclavos. En Egipto, sin embargo, este grupo no tuvo la importancia de otros lugares, al menos lo que se entiende normalmente por esclavitud. Ésta quedaba circunscrita al palacio y ámbito griego en general. El resto del país conocía tan solo distintas formas de vinculación de la persona por el trabajo que desempeñaba, de acuerdo con prácticas vigentes en sociedades de carácter oriental. De todos modos, poseemos un conocimiento imperfecto de ello, pues la documentación es muy poco explícita a este respecto.



Escultura alejandrina representando la personificación del Nilo.
Museo Vaticano

La masa de esta población estaba compuesta por los indígenas egipcios. Su situación no era ciertamente muy brillante. En su gran mayoría se veían de una u otra manera ligados al trabajo por el gobierno, sujetos, como estaban, además, a las prestaciones obligatorias para el mantenimiento del sistema de irrigación artificial. Poseían, de todas formas, libertad de movimientos y sus relaciones con la monarquía en lo concerniente a su trabajo en el sistema económico se regían por contrato, siempre, no obstante, vigilados de cerca por funcionarios reales o recaudadores de impuestos, prestos a intervenir, incluso en la vida privada, siempre que consideraran que podía interferir en la producción. De ahí nacen las múltiples quejas dirigidas al rey sobre diversos atropellos.

Otros indígenas quedarían fuera del ámbito económico estatal y con ello de su vigilancia, pero es imposible considerar siquiera qué proporción estaría en tales condiciones.

Entre los indígenas merecen mención aparte los sacerdotes, pues formaban una clase privilegiada. El poder real los trataba con deferencia, como lo demuestra el que se les eximía de los trabajos obligatorios y tenían un cierto grado de autogobierno. Hemos visto ya cómo se tendía a suprimir su independencia económica, por más que no pudiera conseguirse plenamente. La situación de sus propiedades ha sido ya tratada anteriormente.

Mucho más favorable era la posición de los extranjeros. Se encontraban totalmente diferenciados de los indígenas y su situación era en conjunto privilegiada. Vivían normalmente en las pocas ciudades griegas de Egipto y, aunque existían grupos diferenciados por etnias, los más numerosos eran los griegos, cuya vida podía desarrollarse dentro de sus esquemas y gustos particulares. Los ciudadanos de Alejandría y su población extranjera en concreto llegaron hasta la obtención de un estatuto político excepcional. Incluso las leyes griegas podían ser utilizadas para juzgarlos, en el caso de que no estuvieran contemplados tales supuestos en las leyes u ordenanzas del rey. Lo mismo es válido también para los indígenas egipcios que podían recurrir a sus hábitos legales propios en las mismas circunstancias.

Los extranjeros afincados en Egipto estaban sujetos al pago de impuesto, cuya exención parcial podía ser otorgada por el rey en casos concretos. Sin embargo, se veían libres del trabajo obligatorio al que los indígenas estaban sujetos.

Así, además de tener mayores posibilidades en todos los ámbitos ocupaban los puestos administrativos más elevados en cuanto que el alto funcionariado civil les estaba reservado a ellos. En todo caso, dependían de la voluntad del rey y de sus superiores.

Mención aparte de entre estos extranjeros merecen los componentes del ejército. Las posibilidades de alcanzar un bienestar económico eran grandes, tanto por la misma remuneración recibida por los guardias de corps del rey o los estacionados en guarniciones, como por su participación en el botín —nuestra información sobre ello es muy escasa— y por los repartos de lotes de tierra. De la situación de éstos, ya hemos hablado.

Junto a estos dos grupos existía una clase de hombres de negocios bien situados, casi todos griegos, económicamente activos con propiedades y dinero móvil, presto para ser invertido. Muchos de éstos habían llegado a Egipto en época lágida, atraídos por la riqueza del país. Los mismos reyes habrían favorecido el desarrollo de esta burguesía activa.

Pero no todos los extranjeros eran gentes de fortuna. Había otros cuya subsistencia se ganaba con el trabajo cotidiano en las diferentes ramas de la economía. Muchos de ellos conformaban la masa de población jornalera de las ciudades pero también se les encuentra afincados en el interior de Egipto.

De la conformación de la casa real no vamos a hablar. En este aspecto no existía gran diferencia con relación al sistema monárquico helenístico general, impuesto tras la conquista de Oriente por Alejandro Magno.



Egipto Helenístico

Bibliografía

Alliot, M.: «La fin de la resistance égyptienne dans le Sud», *REA LIV*, pp. 18 ss., 1952.

«La Thébaïde en lutte contre les rois d'Alexandrie sous Philopator et Epiphanes (216-184)», *RBPhH* XXIX, pp. 424 ss., 1951.

Aymard, A.: «Tutelle et usurpation dans les monarchies hellénistiques», *Aegyptus* XXXII, pp. 85 ss., 1952.

Bagnall, R.S.: *The Administration of the Ptolemaic Territories outside Egypt*, Nueva York, 1976.

Bengtson, H.: «Bedeutung der Eingeborenenbevölkerung in den hellenistischen Oststaaten», *WaG* XI, pp. 135-143, 1951.

Bevan, E.: *Histoire des Lagides*, París, 1934.

Bouché-Leclerq, A.: *Histoire des Lagides*, París, 1903-1097.

Braunert, H.: «Die Biennenwanderung. Studien zur Sozialgeschichte Aegyptens in der Ptolemäer-und Kaiserzeit», (Bonner Historische Forschungen 26), Bonn, 1964.

«Idia. Studien zur Bevölkerungsgeschichte des ptolemäischen und römischen Aegypten», *Journal of Juristic Papyrology* 9-10, pp. 211-328, 1955-1956.

Fraser, P.M.: *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, 1972.

Harmatta, J.: «Das Problem der Kontinuität im frühhellenistischen Aegypten», *Acta Antiqua* XI, pp. 199-213, 1963.

Heichelheim, F.M.: *Wirtschaftliche Schnankungen der Zeit von Alexander bis Augustus*, Jena, 1930.

Heinen, H.: «Heer und Gesellschaft im Ptolemäerreich», *Ancient Society* 4, pp. 91-114, 1973.

Herrmann, J.: «Studien zur Bodenpacht im Recht der graeco-aegyptischen Papyri», (*Münchener Beiträge*, n.° 41), Munich, 1958.

Huss, W.: «Untersuchungen zur Aussenpolitik Ptolemaios IV» (*Münchener Beiträge* n.° 9), Munich, 1976.

Kunderewics, C.: «Evolution historique de la responsabilité des fonctionnaires dans l'Egypte ptolemaïque», *Eos* XLVIII, 2 (Symbolae Taubenschlag), pp. 101 ss., 1956.

Lesquier, A.: *Institutions militaires de l'Egypte sous les Lagides*.

Mordzejewski, J.: «Régime foncier et structures sociales dans l'Egypte ptolemaique», *Actes Colloque sur l'Esclavage*, Besançon, 1974.

Manni, E.: «L'Egitto tolemaico nei suoi rapporti con Roma», *RF LXXVII*, pp. 103 ss., 1949.

Müller, B.J.: *Ptolemaeus II Philadelphus als Gesetzgeber*, Colonia, 1968.

Oertel, F.: *Die Liturgie. Studien zur ptolemäischen und kaiserlichen Verwaltung Aegyptens*, Leipzig, 1917.

Otto, W. y Bengtson, H.: «Zur Geschichte des Niederganges des Ptolemäerreichs. Ein Beitrag zur Regierungzeit der 8.und 9. Ptolemäer», *Abh. Bayer. Akad. Wissenshc.* NF XVII, pp. 23-112, 1938.

Peremans, W.: «Ptolomée II Philadelphe

et les indigènes égyptiens». *RBPhH* XII, p. 1006 ss. 1933.

«Égyptiens et étrangers dans l'agriculture et l'élevage en Egypte ptolemaïque». *Ancient Society* V, pp. 127-135, 1974.

«Égyptiens et étrangers dans l'Egypte ptolemaïque. Grecs et Barbares». *Entretiens sur l'Antiquité classique VIII de la Fond. Hardt.* Vandoeuvres, Ginebra, 1962.

E. van't Dack. *Prosopographia Ptolemaica.* 8 vols. Lovaina, 1950-75.

Pestman, W.: *Harmachis et Anchmachis, deux rois indigènes du temps des Ptolomées, Chr. Eg.* XL pp. 157 ss. 1965.

Preaux, Cl.: *Economie royale des Lagides,* Bruselas, 1939.

«L'Economie Lagide: 1933-1958». *Proceeding of the IXth International Congress of Papyrology*, Oslo, pp. 200-232, 1961.

«La signification du règne d'Evergetes II». *Actes du Congrés de Papyrologie d'Oxford 1937*, Bruselas, pp. 345 ss., 1938.

«Pourquoi n'y eut-il pas des grandes codifications hellenistiques»? *RIDA* 3ª ser. V, pp. 365 ss., 1958.

«Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les Lagides». *Chr. Eg.* XXI, pp. 522 ss., 1936.

«Polybe et Ptolomée Philopator». *Chr. Eg.* XI, pp. 364 ss., 1965.

Les Grecs en Egypte d'aprés les archives de Zenon, Bruselas, 1947.

Das Ptolemäische Ägypten. Akten des internationalen Symposions. September 1976 in Berlin. Berlín, 1978.

Reckmans, T.: «La sitométrie dans les Archives de Zénon» (*Papyrologica Bruxellensia* III), Bruselas, 1966.

Rostovtzeff, M.: *Historia social y económica del Mundo Helenístico,* Madrid, 1967.

A large Estate in Egypt in the third Century B.C. A study in economic History. Madison, 1922.

Schnebel, M.: «Die Landwirtschaft in hellenistischen Aegypten» (*Münchener Beiträge* n.º 7). Munich, 1925.

Seibert, J.: «Untersuchungen zur Geschichte Ptolemaios I» (*Münchener Beiträge* n.º 56). Munich, 1969.

«Ptolemaios I und Milet», *Chiron* I, pp. 159-166, 1971.

Sutherland, R.: «Corn and coin: a note on Greek commercial monopolies». *AJPh* LXIV, pp. 129 ss., 1943.

Swiderek, A.: «La société indigène en Egypte d'aprés les archives de Zenon». *Journal of Juristic Papyrology* VII-VIII, pp. 231-284, 1954-55.

Uebel, F.: «Die Kleruchen Aegyptens unter den ersten sechs Ptolemäern»? *Abhand. der deut. Akad. der Wissentschaft. zu Berlin.* 3, 1968.

Volkmann, H: «art. Ptolemaios» *RE XXIII* 2, cols. 1699 ss.

Kleopatra, Munich, 1953.

Walbank, F.W.: «Polybius and the Easten policy of Rome», *JRS* LIII, pp.1 ss., 1963.

Welles, C.B.: «The ptolemaic Administration in Egypt», *Journal of Jurist.* Papyrology III, pp. 21-47, 1949.

Will, E.: *Histoire politique du Monde Hellenistique.* Nancy, 1966 (2ª edición 1979).

